

- Lima, Ángel Ramón (2007), “La Teoría del Caos, un instrumento de dominación imperialista”, en *Aporrea*, consultada el 14 de diciembre, disponible en <www.aporrea.org>.
- Logan, Marty (2004), “El genocidio de 15 millones de indígenas en América del Norte”, consultada el 17 de agosto, disponible en <<http://www.rebellion.org>>.
- Mendoza Hernández, Enrique, y Rosario Mosso Castro (2014), “Semanario Zeta”, en *Rebelión*, consultado el 5 de diciembre, disponible en <www.rebellion.org>.
- Moncada, Martha (2012), “La explotación minera a gran escala en Ecuador: cinco falacias”, en *El Diario Internacional*, consultado el 25 de agosto, disponible en <<http://www.eldiariointernacional.com>>.
- Morán, Gregorio (2014), “La Dama Infame”, en *La Vanguardia*, 20 de diciembre, disponible en <<http://www.lavanguardia.com/encatala/2014/12/20/54422008687/dama-infame-gregorio-moran-opi.html>>.
- Noticias PIA (2014), “Iniciativa Mérida. La injerencia de EE.UU. en México tras la masacre de Iguala”, en *Rebelión*, 22 de diciembre, disponible en <<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=193505>>.
- Ovalle Hernández, Víctor Manuel (2014), “La revolución de Ayotzinapa”, en *Rebelión*, consultado el 29 de diciembre, disponible en <www.rebellion.org>.
- Pinassi, María Orlanda (2013), “Brasil: ¿neodesarrollismo o lucha de clases?”, en *El Diario Internacional*, consultado el 22 de agosto, disponible en <<http://www.eldiariointernacional.com>>.
- Poch, Rafael (2011), “1848”, en *La Vanguardia*, 19 de noviembre, disponible en <<http://www.sinpermiso.info/textos/1848>>.
- Riaño, Peio H. (2011), “Ni siquiera el fascismo logró lo que ha conseguido el capitalismo”, en *Público*, consultado el 20 de noviembre, disponible en <www.publico.es>.
- Robaina García, José Luís (2012), “Expansión colonial norteamericana en el Pacífico”, en *Granma*, consultado el 24 de agosto, disponible en <<http://www.granma.cu/granmad/2012/08/24/interna/artic01.html>>.
- _____ (2012), “EE.UU. busca crear su mayor base militar en Asia central”, en *Granma*, 24 de agosto, disponible en <<https://actualidad.rt.com/actualidad/view/52144-eeuu-busca-crear-mayor-base-militar-asia-central>>.
- Robinson, William I. (2011), “El capitalismo global y el fascismo del siglo XXI”, en *Aljazeera*, 10 de mayo, disponible en <<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=128102>>.
- Rojas Andrade, Alberto (2012), “Trasfondo de la lucha contra las drogas”, en *Rebelión*, 16 de junio, disponible en <www.rebellion.org>.
- Sainath, P. (2009), “Terrorismo neoliberal en India”, en *Counter-Punch*, 16 de febrero, disponible en <<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=80918>>.

- Turse, Nick (2012), “Washington dedica su dinero a la guerra de poderes”, en *Tom Dispatch*, consultado el 14 de agosto, disponible en <<http://www.cubadebate.cu/especiales/2012/08/14/washington-dedica-su-dinero-a-la-guerra-por-poderes/#.Wx1bYopKjcc>>.
- Vega Cantor, Renán (2017), “Mocoa, una tragedia poco natural”, en *Rebelión*, 22 de abril, disponible en <www.rebelion.org>.
- Wilde, Lawrence (2017), “Lógica: dialéctica y contradicción”, en *Topos y Tropos*, consultado el 14 de abril, disponible en <www.toposytropos.com.ar>.
- Yepe, Manuel E. (2012), “Guerras imperiales y deudas nacionales”, en *El Diario Internacional*, consultada el 25 de agosto, disponible en <<http://www.eldiariointernacional.com>>.
- Yohandry (2011), “Diez formas distintas de manipulación mediática”, en *Yohandry's Weblog*, 17 de mayo, disponible en <<http://www.rebelion.org/noticia.php?id=128548>>.
- Zibechi, Raúl (2017), “El Estado y el poder. Cuando la izquierda es el problema”, en *Viento Sur*, consultado el 16 de abril, disponible en <<http://vientosur.info>>.
- (2016), “El extractivismo contra los pueblos de América Latina”, en *Alternativas Latinoamericanas de Desarrollo Humano y Estudios Antropológicos*, consultado el 21 de septiembre, disponible en <<https://www.aldeha.org/el-extractivismo>>.
- Zougheib, Samer (2014), “‘Light Footprint’, la nueva estrategia de dominación estadounidense”, en *Rebelión*, 26 de diciembre, disponible en <www.rebelion.org>.

APUESTA AL OLVIDO
ALGUNOS ANTECEDENTES DE LAS DESAPARICIONES
FORZADAS EN EL ESTADO DE GUERRERO Y EN MÉXICO
NOS FALTAN + DE 43

*Judith Solís Téllez**

“¡Porque vivos se los llevaron, vivos los queremos!” “¡Desaparecidos, presentación...!”, son dos de las consignas que se escuchan para exigir la verdad sobre lo ocurrido con los 43 estudiantes de Ayotzinapa. Estas frases no son nuevas; son las peticiones que siguen siendo gritadas por familiares de desaparecidos en la década 1970, y por las “doñas” del Comité Eureka, presidido por Rosario Ibarra de Piedra. Son las expresiones que los integrantes de la Asociación de Familiares de Desaparecidos y Víctimas de Violaciones a los Derechos Humanos en México (Afadem), particularmente la organización de Atoyac, han gritado en marchas encabezadas por las fotografías de sus desaparecidos; son también, con algunas variantes, los lemas de las madres de los migrantes centroamericanos desaparecidos en México: “Hijo, escucha: tu madre está en la lucha”. Estas frases están cargadas de dolor, de luto per-

* Docente investigadora de la Universidad Autónoma de Guerrero en la Maestría en Humanidades y en la Licenciatura en Historia. Doctora en Ciencias Antropológicas por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

manente, de preguntas sin respuestas, y actualmente están asociadas a las imágenes de familiares excavando la tierra buscando fosas clandestinas ante la indiferencia de las autoridades.

Recurrir a la memoria, no olvidar los crímenes cometidos con la mayor impunidad por el propio Estado y su ejército, es de suma importancia; la terrible descomposición social que padecemos actualmente (y que hizo posible la desaparición de los 43 normalistas de Ayotzinapa y de todas las personas sepultadas en fosas clandestinas no sólo del estado de Guerrero sino también en Morelos, Tamaulipas, Sinaloa, Veracruz, Monterrey y, de hecho, en todo el país), es consecuencia de la apuesta por el olvido de los crímenes de lesa humanidad perpetrados por el Estado mexicano; se debe asimismo a la incapacidad de éste para preservarse como un Estado de derecho; pero sin duda es también el resultado de la falta de participación de una sociedad que necesita organizarse y, en lo posible, unificarse para poder exigir a sus servidores públicos tanto el apego a la ley como consultas públicas respecto a las decisiones que afectan los intereses de la mayoría.

Esperanza y frustración

Durante la transición del gobierno priista al panismo, hubo en México la esperanza de cambios mayores. En la búsqueda de justicia comenzó a darse la confrontación con la memoria oficial. Como indica Elizabeth Jelin:

El escenario político es de cambio institucional en el Estado y en la relación Estado-sociedad. La lucha se da, entonces, entre actores que reclaman el reconocimiento y la legitimidad de su palabra y de sus demandas. Las memorias de quienes fueron oprimidos y marginalizados –en el extremo, quienes fueron directamente afectados, en su integridad física por muertes, desapariciones forzadas, torturas, exilios y encierros– surgen con una doble pretensión, la de dar la versión “verdadera” de la historia a partir de su memoria, verdad y justicia parecen confundirse y fusionarse, porque el sentido del pasado sobre el que se está luchando es, en realidad, parte de la demanda en el presente (2002: 43).

Sin embargo, la estructura política no se modificó. Vicente Fox creó la Fiscalía Especial sobre Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (Femospp), pero lo único valioso que logró fue el informe en donde quedó clara la responsabilidad del Estado mexicano en crímenes comunes y de lesa humanidad. En dicho informe hay, también, un reconocimiento a la lucha de los diversos grupos guerrilleros por mejorar las condiciones de vida de la población, ya que fue el Estado mismo el que, reprimiéndolas con violencia, provocó que las manifestaciones cívicas en pro de una mejor calidad de vida en Guerrero se

tradujeran en guerrillas; éste fue el caso de movimientos pacíficos dirigidos por maestros rurales como Genaro Vázquez y Lucio Cabañas en Guerrero, y, antes que ellos, como Arturo Gámiz en Chihuahua y Rubén Jaramillo en Morelos.

Fue también durante la alternancia política en 2000 cuando se desclasificaron los expedientes del Centro de Investigación y Seguridad Nacional, los cuales “pertenecieron a las extintas policías políticas, la Dirección Federal de Seguridad y la Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales, así como del propio ejército (Sedena) [...] por primera vez se abrió un litigio y escrutinio público que sacó de las cloacas del Estado el tema de la guerra sucia” (Ávila, 2012: 287).

Francisco Ávila añade que ello fue “resultado de una historia de lucha de las organizaciones de familiares de desaparecidos y víctimas de la violencia del Estado, entre las cuales [...] tomó un papel protagónico el Comité del 68”. Sin embargo, por medio de la Ley Federal de Archivos se pretende seguir perpetuando la impunidad. Como lo señala Bettina Gómez Oliver:

Lo que garantiza el Artículo cuarto transitorio de la Ley Federal de Archivos, es la impunidad. Los nombres de los perpetradores de los crímenes de Estado son considerados “datos personales”, y por tanto son eliminados de los documentos (un marcador negro es suficiente para borrar la memoria). Los nombres de los detenidos, los desaparecidos, los torturados, también son considerados “datos personales”. Se eliminan con un marcador negro... Nuestros desaparecidos son desaparecidos ¡otra vez! No hay forma de recuperar la historia: el perpetrador es protegido bajo la tinta indeleble del marcador negro; la víctima es nuevamente desaparecida al tachar su nombre del documento, al eliminar sus “datos personales” del expediente (información vía email de Bettina Gómez Oliver, 25 de mayo de 2017).

La represión en Atoyac y la sistematización de la desaparición forzada

Desde 1972 recrudeció la represión a la guerrilla comandada por Lucio Cabañas en Atoyac, a raíz del secuestro de Cuauhtémoc García Terán (14 marzo de 1972), hijo del empresario Carmelo García. El 19 de abril detuvieron y desaparecieron a los colaboradores de la guerrilla, entre ellos a Romana Ríos García, Guadalupe Castro Molina, Petronilo Castro Hernández y Margarito Roque Texta. Como consecuencia de la emboscada al ejército en Arroyo de las Piñas (entre San Andrés de la Cruz y Santiago de la Unión) el 25 de junio de 1972, el ejército reprimió al pueblo San Francisco del Tibor y el 18 de julio se llevó a 37 campesinos que después fueron liberados; algunos permanecieron hasta cuatro años en prisión, como Zohelio Jaimes Chávez, y años después

hubo dos desaparecidos de esta población. Es importante destacar que en ese tiempo aún no se implementaba de manera sistemática la desaparición forzada o “involuntaria”, como la denomina la Organización de las Naciones Unidas.

Evangelina Sánchez destaca lo siguiente:

el ejército detenía a los civiles y los entregaba a las instancias oficiales, en este caso, la Procuraduría de Justicia Estatal para que ésta determinara las sanciones. De acuerdo a la PJE, a algunos habitantes se les liberó por falta de pruebas, causando con esto, un fuerte antagonismo de los grupos militares hacia las autoridades civiles. [Fue] el 19 de noviembre de 1973, cuando se lanzó el operativo militar conocido como Operación Luciérnaga, cuyo objetivo era recuperar el control militar de la sierra de Coyuca de Benítez, después de que el ejército localizara dos campamentos de Cabañas en la sierra y, en consecuencia, se diera la orden de “adiestrar a las tropas en acciones de contraguerrilla reales” (Sánchez, 2012: 156).

A partir del año 1973 comienza a aparecer la palabra “paquete” en la documentación oficial. La recepción de un “paquete”, como lo indica el Informe de la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (Femospp),

equivale a la detención ilegal de gente y que el señalamiento de que eso se hace para “*su revisión correspondiente*”¹ no puede entenderse de otra manera que esas personas son sometidas a interrogatorios para que el Ejército obtenga la información que anda buscando. Tales interrogatorios, por los testimonios recabados, *incluyen la tortura, la detención prolongada, el asesinato y la desaparición forzada*. La cúpula del Ejército estaba perfectamente enterada de esto, como se deduce de la información que aparece en sus legajos. En el informe está resaltado con mucha claridad que: “*el C. Secretario Hermenegildo Cuenca Díaz, conocía de los paquetes, sabía que se les interrogaba y a él se referían como ‘la superioridad’ que ordenaba detener tales paquetes*” (2005: 307-308).

En el documento citado hay información acerca de radiogramas, telegramas y reportes sobre el grupo guerrillero de Lucio Cabañas. Procederé a revisar, de manera muy breve, lo que se transcribe sobre dicha documentación:

El día 74/08/25, Eliseo Jiménez reporta al Secretario de la DN que el agrupamiento Maximiliano hizo contacto con grupo cuatrero [...], habiendo resultado un gavillero muerto [con nombre alias “Juan”]. En Atoyac se recibieron ocho “paquetes” para su revisión. Esta información es transmitida por A. Sánchez a la Superioridad y

¹ Las cursivas son del Informe.

Hermenegildo Cuenca Díaz envía telegrama de enterado al Cmte. de la 27ª ZM (Informe Femospp, 2005: 316).

Además de la recepción de “paquetes para su revisión”, también se mencionan “paquetes heridos” y “paquetes archivados”, haciendo referencia —como lo señala el texto aludido— a un tiempo indeterminado de la detención —por supuesto que ilegal— en cárceles clandestinas:

El 74/08/11 reporta que el Grupo Vallecitos, grupo Guerrero, grupo Escobedo, grupo Francisco, grupo Vicente, grupo Cacao y Grupo Martín capturaron sobre Río chiquito (LQ-434-203) *Un ‘paquete herido’* (p. 312). *Se trata de un integrante del Partido de los Pobres.*

El 74/08/22 Eliseo Jiménez envía radiograma a DN1 con la siguiente información: “Con base a información recibida y confirmada por ‘*un paquete archivado*’ fue puesto Plan de Operaciones Número Siete. Recibiéndose *Un ‘paquete’* para su revisión. La Subjefatura del EM, pf. de perm. informa a la Superioridad, y Cuenca Díaz acusa recibo del radiograma al Cmte. de la 27ª ZM” (Informe Femospp, 2005: 315).

El papel de la prensa

La versión oficial de la memoria sobre ese tiempo —en la cual mucho tuvo que ver la prensa—, no sólo disfrazó los movimientos guerrilleros dándoles el trato de delincuentes comunes —“grupo cuatrero”, “gavilleros”, “roba vacas”—; incluso llegó a recurrir a una retórica de la deshumanización para encubrir los crímenes del Estado; así los detenidos por el ejército llegaron a ser simples “paquetes” a los que se les podía aniquilar, torturar, violar, humillar de cualquier manera o arrojar como bultos desde los helicópteros o desde “el avión Aravá que se utilizaba para los vuelos de la muerte” (Informe Femospp, 2005, y en Sánchez, 2012).

Rodolfo Gamiño denuncia la asociación de la prensa con el gobierno para distorsionar la información sobre los movimientos estudiantiles y las protestas de la sociedad civil:

Las movilizaciones que pugnaron por renovar las condiciones económicas, laborales y extirpar a los líderes sindicales impuestos por el sistema político se reconceptualizaron, pero los medios de comunicación argumentaron se trataba de un conflicto sufragado por el comunismo internacional. [...] Las connotaciones utilizadas por la prensa para desacreditar a los grupos armados que operaron a mediados de la década de 1960 respondieron al despliegue represivo del estado (Gamiño, 2013 [2011]: 50-51).

Memoria oficial y desaparición forzada

La memoria oficial es definida por Josefina Cuesta como la creada por las instancias del Estado —o de organismos oficiales— que intenta la glorificación, la mitificación o la ocultación para elaborar, propagar y mantener una identidad y una memoria “nacionales” (1993: 44). En México, la memoria oficial de la represión de las décadas 1960 y 1970 está oculta y soterrada y esa apuesta al olvido se prolonga hasta el día de hoy.

Gil A. Ferrer (2014) afirma que tras el asalto al cuartel Madera (en 1965) también hubo desaparecidos, pero no se presentaron denuncias al respecto:

Inmediatamente después del intento de tomar el cuartel militar, la región fue ocupada por un gran contingente de tropas y se enviaron aviones a localizar a los sobrevivientes. Cientos de habitantes de Ciudad Madera fueron detenidos y torturados por el simple delito de ser simpatizantes de los atacantes del cuartel militar. De acuerdo con lo narrado por un entrevistado, los civiles detenidos fueron trasladados al campamento militar improvisado en las afueras de la población; desde luego, hubo desaparecidos, entre ellos un hermano del entrevistado (Ferrer, 2014: 85).

También en el blog sobre desaparecidos de López Limón hay una sección dedicada al año 1968; sin embargo, es a partir de 1973 cuando comienzan a fecharse las desapariciones.

La represión en Atoyac fue en aumento. Hubo acontecimientos emblemáticos, como lo ocurrido en El Quemado, en donde los campesinos fueron reunidos y detenidos en la cancha de basquetbol el 5 de septiembre de 1972, y luego llevados en helicóptero al puerto de Acapulco. La misma situación se verificó en El Rincón de las Parotas y en otras poblaciones de la sierra de Atoyac. De esa manera actuaba el ejército mexicano, deteniendo sin pruebas con la finalidad de sembrar el terror en la población.

Los soldados se llevaban a la gente de su casa, de las canchas de basquetbol, de las instalaciones del Instituto Mexicano del Café y de los retenes militares; de uno de éstos se llevaron a Doroteo Iturio de Jesús, padre del ex director de la Unidad Académica de Filosofía y Letras, Joel Iturio Nava. El 23 de agosto de 1974 detuvieron a Ausencio Bello Ríos, padre del poeta Jesús Bartolo Bello López: su familia lo esperaba porque iban a ir de paseo a la sierra. El caso más emblemático es el de don Rosendo Radilla Pacheco, ex presidente municipal de Atoyac, quien fue detenido cuando viajaba con su hijo Rosendo Radilla Martínez, de 11 años.

La Universidad Autónoma de Guerrero también sufrió la represión del gobierno y hay alrededor de 30 estudiantes y trabajadores desaparecidos. El ex rector de la Universidad Autónoma de Guerrero, José Enrique González Ruiz, recuerda que

esa fue una etapa de agresión muy intensa en contra de los universitarios y del pueblo de Guerrero. Hubo varios desaparecidos que pertenecieron a la comunidad universitaria; recuerdo a Carlos Díaz Frías y a Luis Armando Cabañas, estudiantes de la Universidad Autónoma de Guadalajara (UAG), a quienes no volvimos a ver.²

El 12 de diciembre de 1979 nació el Frente Nacional Contra la Represión, integrado por 54 organizaciones. En Guerrero esta agrupación fue integrada, en su mayoría, por universitarios aglutinados en diversas corporaciones y partidos políticos de izquierda, entre ellos el Partido Revolucionario de los Trabajadores. En dicho frente participaron maestros y alumnos de la preparatoria de Atoyac, cuyo comité estaba encabezado por José Teodoro Hernández, Roberto Cañedo y José Antonio Balderas. Ellos levantaron el primer censo de los desaparecidos políticos y se vincularon con personas como Margarita Cabañas Ocampo, quien viajaba constantemente a la Ciudad de México buscando a su esposo Miguel Nájera Nava. En ese tiempo se realizaron las grandes huelgas de hambre en la ciudad de México, Acapulco, Guadalajara y Chihuahua, y empezó una campaña a favor de la amnistía de los presos políticos.

Como lo señala Pilar Calveiro:

Las sociedades guardan *memoria* de lo que ha acontecido, de distintas maneras. Puede haber memorias acalladas y que sin embargo permanecen e irrumpen de maneras imprevisibles, indirectas. Pero también hay actos abiertos de memoria como ejercicio intencional, buscado, que se orienta por el deseo básico de comprensión, o bien por un ansia de justicia; se trata, en estos casos de una decisión consciente de no olvidar, como demanda ética y como resistencia a los relatos *cómodos*. En este sentido, *la memoria es sobre todo acto*, ejercicio, práctica colectiva, que se conecta casi invariablemente con la escritura (2006: 377).

En la búsqueda de justicia en el caso de Rosendo Radilla Pacheco, Andrea Radilla Martínez, hija de don Rosendo y catedrática de la Universidad Autónoma de Guerrero, escribió la biografía de su padre y de esa manera, a través de la escritura, desgarró el velo de olvido impuesto por el Estado mexicano. En el prólogo a *Voces acalladas (vidas truncadas). Perfil biográfico de Rosendo Radilla Pacheco*, Sergio Aguayo hace énfasis en que lo ocurrido con don Rosendo Radilla, quien fue desaparecido tras ser detenido en un retén militar, “no es un caso aislado sino el paradigma de lo vivido por 630 guerrerenses: según la lista elaborada por la Asociación de Familiares de Detenidos Desaparecidos y Víctimas de Violaciones a los Derechos Humanos en México”. Por su parte Álvaro López Miramontes, en la presentación “Del

² Entrevista a José Enrique González Ruiz, 12 de mayo de 2011.

doloroso silencio a la Historia”, considera esta semblanza biográfica como “un antiguo grito de una hija huérfana e indignada. Es una voz lejana por los que no hablaron, ante el terror guardaron silencio, mientras fueron acalladas otras voces por una guerra sucia” (López, en Radilla, 2008 [2002]: 13). El apartado “Búsqueda de la verdad” considera la guerra sucia como una estrategia en México para mantenerse en el poder, y la desaparición forzada de personas como una práctica recurrente contra los opositores potenciales o reales al régimen, como un método que se ha institucionalizado a causa de la total impunidad con que actúan los poderosos.

El luchador social en este marco es visto como delincuente, roba vacas o gavillero, hoy hasta se le identifica con los terroristas y la sociedad parece ser, digiere y asume ese lenguaje traducido en acciones, enviado desde los centros de producción y publicidad, declaraciones de funcionarios sin memoria histórica y divulgados por la mayoría de los medios masivos de comunicación (Radilla, 2008: 21).

De esta manera la dignidad es vista como un modo peligroso de vivir. Andrea Radilla considera que “el guerrillero no es un destructor, es un constructor de condiciones superiores de existencia, la historia así lo demuestra” (Radilla, 2008: 21) y reclama el reconocimiento social de las víctimas de la desaparición forzada en México, América Latina y el mundo:

Los ciudadanos víctimas de la desaparición forzada [...] merecen un reconocimiento social, dignificarlos como partícipes de una lucha que transcurre muy lentamente, con pequeños logros que necesitan encadenarse para escalar peldaños más altos. Cada uno de ellos tiene una historia de vida, no son datos en las estadísticas. Encontrarlos se ha convertido en meta de distintas organizaciones empeñadas y comprometidas con la verdad y la justicia, y de los familiares que quieren llorarlos y sepultarlos con todos los honores a que se han hecho merecedores (Radilla, 2008: 22).

El libro de Andrea Radilla trata también de las dificultades encontradas en la búsqueda de su padre, hasta llegar a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos; y aborda asimismo el papel de la Femosp, la cual se ocupó durante casi seis años en la elaboración e integración de un informe histórico que consiguió documentar casos de desaparición forzada. Se logró el arraigo domiciliario de Luis Echeverría Álvarez por algunos meses. Hubo también una orden de aprehensión contra el general Francisco Quirós Hermosillo, quien estuvo preso por delitos contra la salud; pero falleció sin recibir castigo por su participación en la guerra sucia. Otro que murió sin recibir castigo fue el general Mario Arturo Acosta Chaparro, quien fue baleado cuando estuvo a cargo de la investigación para localizar al ex senador panista Diego Fernández de Ceballos. Al igual que Quirós Hermosillo, Acosta Chaparro estuvo prisionero por sus vínculos con el narcotráfico y fue acusado

por las organizaciones de derechos humanos y de familiares de desaparecidos por su destacada participación en la desaparición forzada de guerrerenses; sin embargo fue liberado el 28 de junio de 2007, cuando se conmemoraba el 12º aniversario de la masacre de Aguas Blancas, de la cual –según se dijo– también fue autor intelectual. En el apartado “El lenguaje del poder en los setentas”, la autora hace un recuento de las diversas luchas que se llevaron a cabo en el estado de Guerrero en la década de 1960 contra el gobierno de Raúl Caballero Aburto, el mitin de protesta el 18 de mayo de 1967 en Atoyac, que propició el cambio de profesor a guerrillero de Lucio Cabañas, y la que ocasionó la matanza de los copreros el 20 de agosto de 1967. Subraya que las luchas tuvieron un primer cauce legal, pero agotado este medio y siendo reprimidas las participaciones, continuaron en el plano clandestino:

Así se iniciaba la década oprobiosa de los setentas con una descarnada violación a los principios de la vida humana. El pueblo había perdido todo derecho al trabajo, a la vida, a la educación, a la salud, a la cultura, a la propiedad y a la seguridad pública. Parecía que se buscaba desvanecer la memoria histórica; matar las ideas de todo un pueblo con antecedentes de lucha permanente contra el hambre y los hambreadores, contra los caciques y los funcionarios corruptos. La mayor parte de los secuestrados-desaparecidos reportados en 1976 en el país, son del Municipio de Atoyac (Radilla, 2008: 34).

La importancia del libro de Andrea Radilla trasciende la documentación de la memoria de su padre; da a conocer también el dolor de los familiares cercanos, la lucha de las asociaciones de familiares de desaparecidos, y es un esfuerzo por dignificar la memoria de los desaparecidos durante la llamada “guerra sucia” en Guerrero, México y en el mundo.

El caso de Rosendo Radilla Pacheco y la sentencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos

Después de agotar las denuncias en las instancias legales del país, los familiares de don Rosendo Radilla Pacheco, de manera conjunta con la Afadem y con la Comisión Mexicana en Defensa y Promoción de los de Derechos Humanos (CMDPDH), lograron el 23 de noviembre de 2009 que la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CoIDH) declarara culpable al Estado mexicano por la desaparición forzada o “involuntaria” de don Rosendo Radilla Pacheco, padre de la vicepresidenta de la Afadem, Tita Radilla Martínez. Este logro fue posible por la amplia documentación del caso. Mucho tuvo que ver la biografía escrita por Andrea Radilla (2008 [2002]) sobre su padre desaparecido. Este caso es representativo de lo ocurrido en México, en Guerrero y especial-

mente en Atoyac. A pesar de todo, los avances son casi nulos, pues se trata del caso de sólo un desaparecido.

A poco más de siete años del veredicto de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, su cumplimiento por parte del Estado es difuso. En 2016, en un supuesto esfuerzo por encontrarlo, mandó colocar una fotografía ampliada de don Rosendo en la parte posterior de los autobuses urbanos de Acapulco, en vez de declarar públicamente la verdad de lo ocurrido con los desaparecidos de la década 1970 y de abocarse a la búsqueda de sus restos en los lugares que deben conocer los militares y políticos que participaron en la represión. Es obvio que a más de 40 años continúa el pacto de silencio que no permite declarar la verdad. Los avances son exiguos: se dio por cumplido el acto de reconocimiento de la responsabilidad del Estado en un acto donde no estuvo presente la familia, pero quedó una placa al respecto en el edificio que fue otrora el Ayuntamiento, en el zócalo de Atoyac; se publicó un libro sobre su vida: *“Señores, soy campesino”*. *Semblanza de Rosendo Radilla Pacheco desaparecido* (2012), en donde sólo se compiló parte del libro de Andrea y parte del informe de afectación psico-social: “La desaparición forzada de Rosendo Radilla en Atoyac de Álvarez” (2008), de Ximena Antillón Najlis. Lo único novedoso fueron algunos testimonios de Rosendo Radilla Martínez y de sus hermanas, que aparecen sin sus nombres. Y aunque se modificó el artículo 57 del código de justicia militar de modo que parezca que permite que se juzgue a los militares por sus delitos en un juzgado civil, hasta la fecha nadie ha sido juzgado, y todo indica que con la Ley de Seguridad Interior, lo referente a esto sólo quedará plasmado en el papel.

La reparación económica fue cumplida, después de mil avatares; todo se ha cumplido a medias. Sigue pendiente la búsqueda efectiva, la declaración de la verdad acerca de lo que ocurrió con los responsables y llevarlos a juicio. Se hicieron excavaciones en el antiguo cuartel militar y la última que se debía haber realizado el 30 de enero de este año fue cancelada.³

En agosto de 2015, durante la semana del desaparecido en Atoyac, Amnistía Internacional (AI) pidió perdón a los familiares de los desaparecidos por haber hecho poco caso de ellos por estar ocupados en los desaparecidos del Cono Sur;⁴ a quien eligieron para pedirle disculpas fue a Rosita Santiago, que casi enloqueció de desesperación buscando a Antonio Urioste Santiago, su hijo desaparecido. Fue capaz de escarbar con sus manos para quitar el alam-

³ Datos tomados de la entrevista de Víctor Cardona a Tita Radilla, Atoyac, el 9 de enero de 2016.

⁴ Información de Claudia Rangel Lozano.

bre en un retén que funcionaba como cárcel clandestina, y estuvo a punto de ser llevada por las olas en la cárcel clandestina de Pie de la Cuesta.

Comisión de la verdad

Antes y después de la experiencia de la Femospa había la inquietud, sobre todo en las organizaciones de familiares de desaparecidos, de que se formara una comisión de la verdad que pudiera esclarecer los delitos cometidos durante el terrorismo de Estado. No fue hasta que el Partido de la Revolución Democrática (PRD) obtuvo la gubernatura del estado de Guerrero que se logró —con el apoyo de una mayoría de diputados locales— la Ley número 932 por la que se creó la Comisión de la Verdad (Comverdad) para la investigación de las violaciones a los derechos humanos durante la guerra sucia de los años sesenta y setenta del estado de Guerrero. La Ley fue publicada en el *Periódico Oficial del Gobierno del Estado*, núm. 23, el martes 20 de marzo de 2012. La Comverdad quedó integrada por Enrique González Ruiz, María del Pilar Noriega García, Nicomedes Fuentes García, Arquímedes Morales Carranza e Hilda Navarrete Gorjón. El martes 17 de abril de 2012 tomaron protesta. A sólo un día de que se anunció la creación de la Comverdad asesinaron en la Ciudad de México al general Mario Arturo Acosta Chaparro, quien estaba involucrado en múltiples desapariciones forzadas en el estado de Guerrero. Durante los 30 meses en que operó la Comverdad, sus investigadores sufrieron amenazas de muerte, la policía federal se introdujo a sus oficinas de Acapulco y alguien rompió el cristal de las ventanas en las oficinas de Chilpancingo; incluso hubo un atentado con armas de fuego contra la vida de dos de ellos: la penalista Pilar Noriega y Nicomedes Fuentes. En el último semestre, el Congreso estatal suspendió la entrega del presupuesto asignado por ley para su operación en la fase final. Por esa negativa de entregar la última partida presupuestal, muchas líneas de investigación quedaron pendientes.

En el informe del 15 de octubre de 2014, la Comverdad documentó 468 casos de severas violaciones a los derechos humanos: 24 ejecuciones sumarias, 239 desapariciones forzadas (entre ellas figuran las de 16 mujeres, una de ellas menor de edad) y 205 casos de sobrevivientes de desaparición forzada, es decir, de personas que pasaron largas temporadas en cárceles clandestinas del ejército y lograron salir con vida.

La Comverdad documentó que hubo desplazamiento forzado en comunidades del municipio de Atoyac, en Altos del Camarón, El Potrero y Valle Florido, municipio de Acapulco.

Demostramos, con peritajes, exhumaciones, análisis de documentación oficial, correspondencia interna de la Sedena y nuevos testimonios, que se cometieron

masivamente delitos que no han prescrito, a pesar de que han pasado entre 35 y 45 años. Probamos que todos –detención ilegal, desapariciones forzadas o transitorias, tortura, ejecuciones extrajudiciales– tienen derecho a reparación del daño, según el criterio de la CoIDH,

le comentó Pilar Noriega a Blanche Petrich en un reportaje publicado en el periódico *La Jornada* el martes 14 de octubre (Petrich, 2014: 8).

Se rastrearon y digitalizaron centenares de expedientes depositados en el Archivo General de la Nación y procedentes de los fondos de las extintas Dirección Federal de Seguridad, Dirección de Investigaciones Políticas y Sociales, así como de la Sedena y de la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal. Fueron consultadas 28 tesis académicas relacionadas con los hechos ocurridos en Guerrero entre 1960 y 1980.

La Comverdad rescató los restos de dos guerrilleros enterrados en las inmediaciones de la comunidad de El Posquelite y a quienes se rindieron sendos homenajes públicos en Chilpancingo y en Atoyac el día 6 de abril de 2017. Dejaron de ser G1 y G2 y recuperaron sus nombres Eliseo Flores Vázquez y Martín Nario Orgáñez, quienes retornarán a Guerrero para ser entregados a sus familiares e inhumados en Chilpancingo y Atoyac respectivamente, con el siguiente itinerario:

10:00 hrs. Recepción de los restos en la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal (DF).

10:30 hrs. Acto cívico y conferencia de prensa en la Comisión de Derechos Humanos del DF.

11:30 hrs. Salida de la Ciudad de México.

16:00 hrs. Llegada a Chilpancingo.

17:00 hrs. Inhumación de G1 en el Panteón Nuevo (Chilpo).

18:00 hrs. Salida a Atoyac.

20:30 hrs. Llegada al Zócalo de Atoyac.

20:30 hrs. En adelante. Acto cívico y proyección del documental *Guerrero memoria y verdad* y velada en este lugar.

Viernes 7 de abril, 9:00 hrs. am. Inhumación en el panteón Lomas del Sur (Programa de ex comisionados de la Comverdad del estado de Guerrero).

Finalmente –desde su muerte junto a Lucio Cabañas el 2 de diciembre de 1974– tendrán la dignidad de descansar en una tumba.

Víctor Cardona, el cronista de Atoyac, reflexiona sobre la importancia del informe de la Comverdad. Considera que dicho informe viene a sumarse a los informes que con anterioridad han dado la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH) y la Femosp. Por mucho que tales informes aporten información y recomienden acciones “para que no vuelva a suceder”, si al gobierno le importa un bledo las cosas seguirán igual. Porque si se hubieran

acatado las disposiciones de la CNDH, emitidas desde principios de la década pasada, seguramente la masacre de Iguala se habría evitado. Pero ése no podía ser el caso en el clima de corrupción e impunidad que impera en nuestro país. Aún no se han cerrado las heridas del pasado y ya se abrió otra. Desde 2001 la CNDH recomendó la reparación del daño a los familiares de los desaparecidos en la guerra sucia, y en 2015 solamente se había indemnizado como a 50; todavía faltan más de 450 familias.

Y es así como el gobierno quiere ganar la confianza de la sociedad (la entrevista a Cardona tuvo lugar el 6 de mayo de 2017).

La nueva Ley General sobre Desaparición Forzada

Debido a la magnitud de los casos de desaparición forzada en México a lo largo del año 2015, organizaciones civiles y familiares de personas desaparecidas se agruparon en una Campaña Nacional contra la Desaparición Forzada en México y llevaron a los poderes Ejecutivo y Legislativo una propuesta que exhortaba a las autoridades correspondientes a elaborar y promulgar una Ley General de Desapariciones Forzadas, con la sugerencia de que esta ley fuera nacional. Aunque han existido leyes sobre desaparición forzada en algunos estados, y el reconocimiento del delito de desaparición forzada a nivel federal, al respecto se advierte como un gran vacío; a pesar de la dramática situación que viven más de 30 000 familias, hasta la fecha ningún gobernante y ningún militar han sido juzgados por ese delito, como se reconoce en la Sentencia del Caso Radilla Pacheco: “La Corte observa que el delito de desaparición forzada de personas se encuentra vigente en el ordenamiento jurídico mexicano desde el año 2001, [...] es decir, con anterioridad a la consignación de la averiguación previa ante el Juez de Distrito en turno realizada en agosto de 2005” (Caso Radilla Pacheco, Sentencia, 23 de noviembre de 2009: 68).

Es por ello que en las propuestas de las organizaciones de familiares de desaparecidos ha intervenido la CMDPDH; el propósito de ésta es que se contemplen los mínimos estándares internacionales y la ley obligue a investigar y reparar de manera efectiva los casos de desapariciones forzadas del pasado y del presente. Algunas de las propuestas (en realidad son más de 19) son las siguientes:

- 1) La adecuada definición del tipo penal (como delito) de desaparición forzada, conforme a los más altos estándares derivados de los instrumentos internacionales en la materia.
- 2) Definir y distinguir claramente las formas de autoría (grado de participación en el ilícito) y la correspondiente responsabilidad.
- 5) Establecer el principio de responsabilidad del superior jerárquico, es decir, de aquellos superiores que habiendo tenido conocimiento de la desaparición no tomen medidas

para evitarlo y/o denunciarlo. También, fortalecer la obligación de los subordinados jerárquicos de denunciar todo acto de desaparición forzada de personas. 19) Contemplar la reparación integral a las víctimas tales como: a) La restitución; b) La readaptación; c) La satisfacción, incluido el restablecimiento de la dignidad y la reputación; d) Las garantías de no repetición (Pérez, 2015).

Destaco esos puntos porque la propuesta de ley fue enviada por el Senado a la Cámara de Diputados el 28 de abril de 2017, y lo que se hizo fue turnarla a la CNDH. Ello puede ser visto de manera positiva, ya que la manera como fue aprobada en el Senado causó un gran malestar en las organizaciones de familiares de desaparecidos.

A continuación transcribimos una parte de la entrevista que le hizo Sanjuana Martínez a Leticia Hidalgo, fundadora y presidenta de la agrupación Fuerzas Unidas por Nuestros Desaparecidos en Nuevo León:

Esa legislación llega tarde y resulta corta, rabona, dice la madre de Roy Rivera, desaparecido hace cinco años por hombres encapuchados que portaban chalecos de la policía de Escobedo, Nuevo León. [...]. No tomaron en cuenta la exigencia de que busquen con vida a los afectados [...]. Añade: La comisión nacional de búsqueda, que dependerá de la Secretaría de Gobernación, bajo el mando de Miguel Ángel Osorio Chong, dice, comenzará mal sus funciones, ya que debería depender directamente de la Presidencia de la República [...]. Es muy terrible, porque nosotros sabemos que pueden estar vivos en cualquier lugar de México y quizá en otros países. Finalmente, nos decepcionó mucho la aprobación de esta ley (Martínez, 30 de abril de 2017: 11).

El 17 de noviembre de 2017 entró en vigor la “Ley General en Materia de Desaparición Forzada de personas, Desaparición Cometida por Particulares y del Sistema Nacional de Búsqueda de Personas” provocando un gran malestar en las organizaciones que conforman la Campaña contra la Desaparición Forzada en México porque esta Ley no cumple con los estándares internacionales en materia de derechos humanos ni con las necesidades de los familiares de las víctimas; éstos consideran que el Estado mexicano se negó a establecer la responsabilidad de los superiores jerárquicos como lo establece la Convención Internacional contra la Desaparición Forzada, por lo que se seguirá perpetuando la impunidad y el Estado mexicano continuará sin garantizar a los familiares de las víctimas y a la sociedad en su conjunto los derechos de memoria, verdad, justicia, reparación integral del daño y garantías de no repetición.

Por otro lado, se han aprobado la Ley Nacional Contra la Tortura y, pese a las protestas, la Ley de Seguridad Interior que echan por tierra las otras leyes, ya que garantizan la impunidad a los militares y la militarización del país, subordinando a México a los intereses militares de Estados Unidos. Así lo aseguró el senador Manuel Bartlett a Jenaro Villamil:

Una vez que se aprobó en México la reforma energética de Peña Nieto comenzó a haber voces oficiales de Estados Unidos reclamando seguridad: si no hay seguridad, nadie va a invertir. Y la seguridad es el ejército en las calles. ¿Por qué olvidan los analistas algo esencial? Felipe Calderón tomó la decisión de meter al ejército en la guerra contra el narcotráfico por mandato norteamericano. Ahí está la Iniciativa Mérida. Que no se nos olvide este punto, porque entonces no entendemos qué están haciendo los soldados en las calles [...]. Entre esas leyes que este año se aprobaron bajo presión de las secretarías de Defensa y de Marina, están el Código de Justicia Militar, la Ley Reglamentaria del Artículo 29 constitucional y la reciente militarización de los puertos mexicanos (2016: 7).

Conclusiones

El Estado mexicano no ha reconocido su participación en el periodo conocido como “guerra sucia”; ni siquiera ha emprendido una investigación que lleve al conocimiento de lo que pasó con “alrededor de 1 350 desapariciones forzadas, incluyendo 650 en Guerrero, de las cuales 450 habrían ocurrido en la región del municipio de Atoyac de Álvarez” (Organización de las Naciones Unidas-Derechos Humanos, 2012: 22).

La memoria de las represiones violentas en México está oculta tras la versión o memoria oficial de los hechos; sin embargo, a partir de la búsqueda de justicia por parte de los familiares de los desaparecidos comenzó a darse la confrontación con dicha memoria oficial. El logro más relevante hasta hoy es el veredicto de la CoIDH (2009): el Estado mexicano es culpable del delito de desaparición forzada en el caso de Rosendo Radilla Pacheco. Sin embargo, a siete años de dicha sentencia, los avances han sido mínimos.

La Ley General en Materia de Desaparición Forzada de Personas, Desaparición Cometida por Particulares y del Sistema Nacional de Búsqueda de Personas no cubre las expectativas de los familiares de desaparecidos porque sigue perpetuando la impunidad y además se ha implementado la nueva Ley de Seguridad Interior que militariza a todo el país, todo lo cual como ciudadanos nos hace muy vulnerables.

Ésta es la realidad mexicana, la realidad en que el Estado no deja de apostar precisamente por la muerte y el olvido de los inconformes, y por la extinción de los familiares de las víctimas, logrando con ello la descomposición social y la desconfianza en los gobernantes.

“La verdad histórica” sobre lo ocurrido con los normalistas de Ayotzinapa, a despecho de las numerosas protestas nacionales e internacionales, demuestra una vez más que el gobierno mexicano apuesta a que todo –cualquier crimen, por atroz que sea– será echado al olvido.

Bibliografía

- Aguayo, Sergio (2008 [2002]), "Prólogo", en Andrea Radilla Martínez (ed.), *Voces acalladas (vidas truncadas): perfil biográfico de Rosendo Radilla Pacheco*, Chilpancingo, Universidad Autónoma de Guerrero (UAGro) / Secretaría de las Mujeres (Semujer), México.
- Ávila Coronel, Francisco (2012), "La desclasificación de los archivos de la ignominia en México", en Andrea Radilla y Claudia Rangel (coords.), *Desaparición forzada y terrorismo de Estado en México. Memorias de la represión de Atoyac, Guerrero, durante la década de los setenta*, UAGro / Plaza y Valdés, México.
- Calveiro, Pilar (2006), "Los usos políticos de la memoria", en Gerardo Caetano (comp.), *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires.
- Camacho Servín, Fernando (2017), "La postergación, 'buena noticia'", en *La Jornada*, 30 de abril.
- Caso Radilla Pacheco (2009), "Sentencia", en Corte Interamericana de Derechos Humanos (COIDH), el 23 de noviembre, México, disponible en <<http://www.ordenjuridico.gob.mx/JurInt/STCIDHM4.pdf>>.
- Comverdad (2014), *Informe final de actividades*, Comverdad, Guerrero.
- Cuesta, Josefina (1993), *Historia del presente*, Eudema, Madrid.
- Ferrer Vicario, Gil Arturo (2014), "Madera, Chihuahua, 1964-1965", en Evangelina Sánchez Serrano, Ferrer Vicario, Claudia Rangel, Rafael Aréstegui y Judith Solís (coords.), *Del asalto al Cuartel Madera a la reparación del daño a víctimas de la violencia del pasado. Una experiencia compartida en Chihuahua y Guerrero*, Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública / Universidad Autónoma de Ciudad de México, México.
- Gamiño Muñoz, Rodolfo (2013 [2011]), *Guerrilla, represión y prensa en la década de los setenta en México. Invisibilidad y olvido*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, col. Contemporánea, serie Sociología, México.
- Informe Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (2005), "Qué no vuelva a suceder", en Evangelina Sánchez Serrano, *Terrorismo de Estado y represión en Atoyac, Guerrero durante la guerra sucia*, en Andrea Radilla Martínez, y Claudia Rangel Lozano (coords.), *Desaparición forzada y terrorismo de Estado en México. Memorias de la represión de Atoyac, Guerrero, durante la década de los setenta*, UAGro / Plaza y Valdés, México.
- Jelin, Elizabeth (2002), *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI, España.

- Martínez, Sanjuana (2017), “Nos decepcionó la ley de desaparición forzada que aprobó el Senado: familiares de víctimas”, en *La jornada*, 30 de abril, Monterrey.
- Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (2012), *Informe de Misión a México. Grupo de trabajo de la ONU sobre las Desapariciones Forzadas o Involuntarias*, Organización de las Naciones Unidas-Derechos Humanos, México.
- Pérez Cordero, Natalia (2015), “¿Por qué es URGENTE una ley GENERAL de desaparición forzada en México?”, en *Animal Político Sitio web*, consultado el 21 de septiembre, disponible en <<http://www.animalpolitico.com/blogueros-verdad-justicia-reparacion/2015/09/21/por-que-es-urgente-una-ley-general-de-desaparicion-forzada-en-mexico/>>.
- Petrich, Blanche (2014), “La impunidad que subsiste en Guerrero. viene desde la guerra sucia: Comverdad”, en *La Jornada*, México, disponible en <<http://www.jornada.unam.mx/2014/10/14/politica/008n1pol>>.
- Radilla Martínez, Andrea (2008 [2002]), *Voces acalladas (vidas truncadas): perfil biográfico de Rosendo Radilla Pacheco*, UAGro-Semujer, Chilpancingo, México.
- Sánchez Serrano, Evangelina (2012), “Terrorismo de Estado y la represión en Atoyac, Guerrero, durante la Guerra Sucia”, en Andrea Radilla M. y Claudia E. G Rangel L. (coords.), *Desaparición forzada y terrorismo de Estado en México. Memorias de la represión de Atoyac, Guerrero, durante la década de los setenta*, UAGro / Plaza y Valdés, México.
- Villamil, Jenaro (2016), “Impulsada por Washington, avanza la bota militar”, en *Proceso*, núm. 2094, 17 de diciembre, México.

REPRESENTACIÓN DE LA VIOLENCIA HACIA LA MUJER EN LA LITERATURA MEXICANA CONTEMPORÁNEA

*Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez**

La narrativa ha hecho posible que una enorme cantidad de obras literarias con tema de narcotráfico muestren una “realidad” paralela en Latinoamérica, particularmente en la República Mexicana a través de la llamada narcovela. Algunos críticos mencionan que se trata de un subgénero narrativo. Narcoliteratura y género son las temáticas que se abordan en este trabajo. La violencia hacia la mujer es un tema latente que en la literatura mexicana ha tenido una preocupación por parte de escritoras. Su representación ha transitado desde la psicológica, la económica, la física, hasta llegar a la tortura y la muerte. La primera parte define los fundamentos teóricos, la segunda se dedica a la metodología indicando el corpus a tratar y al análisis del discurso literario. La tercera parte se ocupa de los resultados obtenidos; por último se ofrecen algunas reflexiones a manera de propuestas.

Para ello seleccioné las siguientes obras: *Dulce cuchillo*, de Ethel Krauze; un cuento del libro *Hace tanto tiempo que salimos de casa*, de Roberto Ra-

* Docente investigadora de la Universidad Autónoma de Guerrero en la Maestría en Humanidades y en la Licenciatura en Literatura Hispanoamericana. Doctora en letras por la Universidad Nacional Autónoma de México.

mírez Bravo; *La reina del sur*, de Arturo Pérez-Reverte, y *Alias*, de Iris García Cuevas. Cabe señalar que tres de estos autores son mexicanos —dos de ellos guerrerenses y periodistas— y uno español. La inserción de Pérez-Reverte se debe a la influencia del espacio y literatura mexicana en esta obra y a hechos similares tomados de la realidad en México.

Al estar la realidad penetrada de ficción y, por lo tanto, al ser la ficción constitutiva de lo real, podemos leer a la literatura como realidad. La literatura nos cuestiona y nos confronta. No nos ofrece soluciones; sino, al contrario, genera aún más interrogantes. Esta literatura nos enfrenta a nuestro presente, pero ¿por cuánto tiempo será parte de nuestro diario acontecer? La escritora sueca Elizabeth Kübler-Ross (2016: 126) menciona como parte de su experiencia una frase dicha por una sobreviviente del holocausto nazi, que es apropiada a esta realidad: “Todos tenemos un Hitler en nosotros”, refiriéndose al mal que portamos y que tendría que ver con la situación coyuntural en la que nos encontramos.

Al hablar de la literatura mexicana de este siglo y de fines del pasado, me remito a hechos y a experiencias que mezclan lo literario con lo real. En la actualidad los escritores han demostrado su preocupación al dar cuenta de lo que está ocurriendo en nuestro país, y varios periodistas han pagado con sus vidas la osadía de develar aquello que, para algunos, debería de ser innombrable.

La imagen de la mujer se ha representado en varios formatos: en películas, telenovelas, revistas y en otros más; lo que aquí interesan son las obras literarias. A pesar de que algunas películas han presentado a la mujer como parte importante en el mundo de las drogas, en una mayoría se percibe que es tratada como objeto. En el caso de la literatura es evidente. Iris García Cuevas es una periodista acapulqueña que ha publicado algunas novelas que dan cuenta de la violencia continua y común en nuestro país. Su novela *Alias* está construida a base de diálogos fuertes que reflejan la dureza de los bajos mundos, donde la corrupción y los asesinatos están a la orden del día. La crueldad de la vida obliga a las mujeres a la prostitución y a entregar sus cuerpos a hombres que las insultan:

Vivíamos juntas en una pensión...Yo llegué allí cargando con mi panza de tres meses después de que mis padres me corrieron por puta...

Mejor tira al chamaco —me dijo mi compañera de habitación mientras se colocaba las pestañas postizas...

Pasó una semana, en la que no conseguí ni para mal comer, antes de preguntarle qué tan caro salía tirar a un niño.

Depende. Conozco a un médico que nos hace el trabajo y se cobra con cuerpo.

¿Con cuerpo? —pregunté. No porque no hubiera entendido, sino porque tenía esperanza de haber oído mal.

Tú te pones flojita —me dijo carcajeándose. Yo no veía la gracia por ningún lado (García, 2009: 31).

El dolor y la crueldad se han instalado en nuestras vidas, la muerte diaria es ahora nuestra condición. Ello conlleva el uso de un lenguaje áspero, apropiado a los temas que muestra. En ellos se nota la preocupación por la vida actual, la deshumanización, la incertidumbre ante los sucesos diarios. En momentos de crisis existenciales como las provocadas por las guerras o por la violencia extrema, como sucede actualmente, la literatura ha reflexionado otorgando una mirada crítica y presentando hechos reales a los que ficcionaliza.

La realidad como preocupación es descrita involucrándose en los problemas actuales que aquejan nuestro entorno; un ejemplo de ello es la obra de Roberto Ramírez Bravo. En ella los problemas de violencia y corrupción están presentes como un recordatorio de nuestro derredor. El dolor y la crueldad se han asentado en nuestras vidas; la muerte violenta diaria es ahora nuestra realidad.

A los doce años, Toño “Pachacuás” mató a su padre, a los 14 a su abuelo y a los 16 a uno de sus vecinos. Nunca estuvo mucho tiempo en la cárcel porque la primera vez se dijo que había sido un accidente, la segunda que era menor de edad, y en el tercer asesinato no hubo nadie que testificara en su contra a pesar de que todos en el callejón sabían que él había matado al “Olivas”.

Así que apenas entrado en la mayoría de edad, era un asesino profesional. Siempre drogado, era el rey del barrio, asaltaba transeúntes, entraba a las casas para robar y se apedreaba con los vagos del barrio del Pozo de la Nación. Vendía mariguana y pastillas, desmantelaba carros y asustaba a las señoras. A veces, sin mucho afán, se apostaba detrás de un poste con “El Piojo” para agarrarle las nalgas a las muchachas que salían de sus viviendas rumbo a la secundaria.

Por eso a nadie le sorprendió encontrarlo muerto una madrugada de agosto, con los ojos abiertos y todo el pecho destrozado como un marrano...

Asunto Santiago se preocupó mucho cuando vio llegar la camioneta de los policías frente a su casa. El “Pachacuás” había asesinado a su hermano el “Olivas” siete meses antes, y en consecuencia, él era el principal sospechoso del crimen.

Yo no hice nada, comandante. Ese día estuve encerrado viendo la televisión, yo solito en mi casa.

El comandante sonrió: “No tiene coartada”. Pensaba que la muerte del “Pachacuás” no era un asunto aislado y podría conectarse con la red local del narcotráfico y eso a él le serviría mucho, pues no sólo se trataba de resolver el caso sino de ir más allá, asestándole un verdadero golpe al crimen organizado [...] (Ramírez, 2005: 66).

La crítica feminista tuvo una postura sustentada en una distinción de la valoración genérica distinta a las creadas y utilizadas por los varones.

En este sentido suponía una peculiaridad y una reconsideración de la mirada crítica. De ahí surgió una estética feminista que pretendía descodificar textos producidos por mujeres; que era determinada por “los significantes y significados que se producen en un momento histórico, en un lugar y por un autor determinado, con la carga de tradiciones, patrones, esquemas, relaciones de poder, técnicas, convenciones, lenguaje y código que las condicionan” (Sefchovich, 1992: 26).

En México la mujer ha sido y continúa siendo discriminada. La violencia le ha cercenado hijos, maridos, hermanos. Escritoras como Ethel Krauze presentan un tema desgarrador donde una protagonista ha sido violada y, como consecuencia de ello, no ha sabido ser feliz, aunque en sus momentos de valentía quiere lograrlo. Ella es una víctima y, como tal, una persona desvalorizada; la fuerza para levantarse la tiene que encontrar sola. Frente a los demás pide respetar sus sentimientos; pareciera que lo que siente no importa, sólo el acto de posesión, de poder. La sexualidad violentada, incluso la belleza de una mujer al ofertar un producto, significa ya una desvalorización; es una manera acostumbrada de violentar a las mujeres, por lo que parecería que estamos ante un libro más que cuenta una situación repetida; pero la obra suma otros ingredientes. Aparecen la visión de la violada y la del violador. Cuenta la vida de una mujer vulnerada en todos los ámbitos de su ser, manipulada por otros. La protagonista inicia su narración ofreciendo pormenores desde la entrada a un motel. Los indicios que va dando al hablar de las órdenes que le da su violador indican aspectos importantes: uno, que es una niña de escasos doce o trece años; otro, que su violador es alguien que tiene dominio sobre ella; alguno más indica que esa violación ha sucedido años atrás porque narra con una cierta distancia. La violación es muerte; y así lo hace ver la niña que percibe que algo trastocará definitivamente su existencia al ingresar al hotel. La violada aparece como una cosa que ya no tuviera valor, es una víctima. En esta novela se encuentran diferentes tipos de violencia: física, psicológica y verbal. Nos recuerda que la esclavitud no ha desaparecido, que sólo ha tenido algunas variantes; la forma en que la protagonista narra sus desventuras da la idea que ha permanecido anclada al violador. Esta mujer no puede abandonar al hombre que la ha violado, se trata de una codependencia en la que ella se desfragmenta si se encuentra alejada de él, el vínculo que la une es lo sexual.

La autora presenta también, la visión del violador y le cede la palabra; al hacerlo va logrando que el lector entienda el porqué de su conducta, de tal modo que no resulta sorprendente que éste nos cuente que está conviviendo con la madre y la hija, e inquieta que hable sin asomo de perturbación de cómo es su esposa sexualmente: “Alegría es una bruja lúbrica y maledicente: y Magdalena el hada de los cuentos pornográficos que necesita la ternura de un oso de peluche” (Ramírez, 2005: 23). Las sensaciones del violador son

confusas y así lo declara cuando hace referencia a Magdalena (la hijastra): “La aborrecía: ahíto de ella ya la deseaba con una fruición que me nublaba los ojos, no me dejaba tregua ni serenidad” (Ramírez, 2005: 23). También ella tiene sentimientos confusos, ya que después de tener el contacto con su padraastro pareciera que desea lastimarse: “Seguía lloviendo pero ella no se cubría, huía de mí” (Ramírez, 2005: 26). Es inexplicable por qué sigue viendo a su padraastro. Ahora ya no se trata de una violación, puesto que ella lo busca y lo acepta. Han pasado varios años y sigue teniendo esa relación de codependencia; se siente mal sin él y a la vez lo detesta, es una relación tormentosa. La protagonista padece un sufrimiento intenso, en ningún momento se presenta como un ser seguro, o con la posibilidad de ser dichosa: “A solas, en la oscuridad, se las bebía. Porque delante de él sacaba todas las fuerzas de su médula ósea para aparecer sonriente, hermosa para él, para que él no la dejara de quererla; empresa que, aunque anhelada, podía jurar que estaba, indefectiblemente, destinada al fracaso” (Ramírez, 2005: 29).

La mujer se presenta como una víctima. Recuerda que desde los once hasta los treinta y dos años fue asediada por su padraastro; pero lo que resulta inaceptable es que siendo ya una mujer adulta continúa aceptando una situación que la ha conducido a un sufrimiento intenso.

En un momento llega a cuestionar que ha tenido en su vida varios abusadores, y que unos y otros han sido personas a las que su familia conocía, y en su memoria reconoce que ha sufrido violencia moral, psicológica y espiritual que la han marcado.

También aparece el discurso de otra persona, el de Alegría —esposa del violador y madre de Magdalena—, quien ha aceptado esta relación insana; en un momento determinado se explaya para hablar con sus hijos y les hace ver que ella también ha sufrido y recurre al papel de víctima. Su justificación es que perdona a su hija y quiere unir a todos. Magdalena le hace ver que por no querer que el esposo la abandone ha permitido que sucedan las cosas.

El título de la novela es sugerente y la protagonista lo dilucida: “¿Sabes lo que es que te encajen un cuchillo tan dulce que no sientes la herida hasta que te ahogas en tu propia sangre?” (Ramírez, 2005: 49). Es una metáfora y se refiere a la violación como una tortura con placer. Lo preocupante de la novela es que estas acciones se repiten cotidianamente y lo que estamos contando como acciones noveladas no son tan ficticias como se cree: “Las mujeres que enfrentamos violencia sexual cargamos una culpa indescriptible que es necesario trascender, un miedo irracional y una incapacidad para defendernos”, dice Magdalena (Ramírez, 2005: 80).

Otro problema común es el enfrentamiento entre madre e hija, el cual es más intenso que el que se da con sus hermanos: “El anillo de esmeralda de mi madre muerta. Me parezco tanto a ella [...] a veces siento que soy ella, una reencarnación de ella, por algo fui amante de su amante durante once

años” (Ramírez, 2005: 76). Es tanta su aversión hacia la madre que menciona: “estoy consciente del momento, suspiro con un desaliento resignado, con una definitiva sensación de abandono, aunque ha regresado, mi madre sigue a mil millas de distancia y ahora sé que en ese instante ya la odio” (Ramírez, 2005: 81). En otras partes de la novela se aprecia una distancia enorme entre la madre y la hija. La relación entre ellas es tan tortuosa como lo fue con su padrastro. En una ocasión Magdalena se dice:

No quiero que nadie encuentre eso (se refiere a la carta que le escribió su madre recriminándole su actitud), fueron sus últimas palabras para mí, la última vez que la vi con vida. Yo era, pues, para ella, eso, y ni en su lecho de muerte tuvo un gesto de comprensión sobre lo que había ocurrido y sobre su responsabilidad en la tragedia (Ramírez, 2005: 86).

La historia muestra también a una mujer que quiere tener el poder de la autodeterminación; se trata del proceso de cambio en el que de repente se da cuenta del terrible estado en que ha permanecido durante años; se concientiza y quiere liberarse. Es una mujer que se desinhibe y que desnuda su intimidad, sus flaquezas, queriendo redimirse, superarse pero dejando a un lado el papel de víctima; se trata de una transformación profunda en donde la protagonista quiere dejar de lado el pensar en lo que los demás quieren para concentrarse en lo suyo. Sin embargo, el vivir ese trance es difícil y no se da sólo por haber logrado la conciencia de su infortunio. Las palabras salen como si fueran lava que corroe su cuerpo y a la vez trata de defender su postura, su necesidad de enojarse. Ella tiene ahora cuarenta años, un esposo y una pequeña hija. La respuesta que da a sus sensaciones es de defensa, se enfrenta al mundo pero a la vez se siente expuesta ante él. Es una mujer compleja que demuestra que puede dejar de sentirse supeditada a los demás. A la par de esto también existe violencia hacia el esposo, Sebastián, quien quiere ayudarle a recomponer su vida, aunque ella se muestra reacia.

Los deseos de salir del atolladero en el que está son alentados por su pequeña hija. Al llegar el final vemos que su perseverancia y la redención de sus sufrimientos se deben a su hijita, aunque varias veces le gana la desesperación.

La historia es una especie de diario sin fechas donde una mujer revela sus sentimientos de enojo, de miseria, de cobardía, de ansiedad, de odio, de deseos de levantarse. Su desesperación llega a tal grado que desea matarse; es como si tuviera por dentro un volcán hirviendo de desesperación. En esta época de su vida su violador ha muerto y ella sigue teniendo ese delirio de persecución, de enfrentamiento.

Ethel Krauze deja un buen final al concluir que la mujer que ha sufrido tanto se ha reencontrado consigo misma y por fin se siente redimida: “Luego me miré firmemente a los ojos, y vi a todas las Magdalenas que he sido, desde

la niña azorada y solitaria de cuatro años de edad, la niña triste y loca de los once, la joven salvaje de los veinte, hasta la salerosa de cuarenta que llena de deseo a su marido” (Ramírez, 2005: 96). Esa locura que la ha atormentado durante tantos años está por desaparecer cuando, en el tiempo cíclico de la narración, las acciones de la novela vuelven al principio: Sebastián le ofrece un cuchillo para matarse y ella lo sostiene para después marcar el teléfono y pedir ayuda psicológica.

La reina del sur (2002), de Arturo Pérez-Reverte, comienza con la muerte de un personaje que trastorna radicalmente la vida de la futura narcotraficante Teresa Mendoza. El autor-narrador va intercalando la biografía de esta mujer con pasajes donde cuenta la manera como ha conseguido la información; de esta forma nos da la impresión de que se trata de una historia real.

Teresa Mendoza tuvo un origen oscuro en su tierra natal, Culiacán, Sinaloa, lugar que no abandona nunca en su pensamiento; siempre está comparando los sucesos que le ocurren en su presente con enseñanzas aprendidas en la vida: “Era singular, pensaba, cómo algunos viejos lugares de España le producían la certeza de encontrarse con algo que ya estaba en ella. Como si la arquitectura, las costumbres, el ambiente, justificasen muchas cosas que había creído propias sólo de su tierra” (Pérez, 2002: 312). Es un personaje que se va construyendo conforme transcurren las acciones de la novela. Ella es una mujer inteligente, dura, fría, con ráfagas de sentimientos, de recuerdos, que por momentos la sensibilizan.

A falta de instrucción formal, tiene otra, común a la de los personajes de la literatura picaresca aprendida a través de sus experiencias. De ahí que resulta peculiar que a ella le guste leer, y esto lo realiza cuando ya es una mujer con más años. La primera referencia a un libro —el cual será recurrente y simbólico en la novela, ya que tiene similitud con su vida— es a *El conde de Montecristo* al que se aficionó desde que incursionó en la lectura.

La obra es circular. Al principio el autor-narrador da cuenta de una visita que le hace a Teresa en Sinaloa; en ese momento ella cuenta con treinta y cinco años de edad. Entre el escritor y la protagonista existe una cercanía que genera admiración en él hacia ella, y que la observaremos en toda la novela. Su descripción de Teresa va a presentar diferentes tintes; la va delineando de manera cronológica, conforme pasa el tiempo: inicia la cuenta de su vida cuando ella tiene apenas unos veintitantos años. El autor la define no de manera precisa, sino como es su percepción, con una visión fina y sensible.

El primer capítulo sirve para atrapar al lector con el fin de que tenga curiosidad por la vida de la protagonista. Al principio aparece el retrato de una mujer hasta cierto punto ingenua, que confía ciegamente en el hombre al que ama y en su “padrino”, don Epifanio Vargas, capo de Sinaloa. Desde el principio se nota que la vida de estos hombres y mujeres encerrados en su

propio quehacer es apresurada, porque la muerte está cercana a ellos en todo momento.

El lenguaje de la novela se halla en consonancia con la trama: está lleno de palabras altisonantes propias de los personajes que representan y que son parte natural de su expresión. Los títulos de los capítulos están tomados de partes de corridos y canciones, o de dichos populares que vienen a mostrar un lenguaje mordaz, por ejemplo: “Me caí de la nube en que andaba”, “Vámonos donde nadie nos juzgue”, “Estoy en el rincón de una cantina”, entre otros.

En la novela hay digresiones que explican cómo se desarrolla la vida de los narcos: “Cantantes populares como el As de la Sierra se fotografiaban [...] con una avioneta detrás y una escuadra calibre 45 en la mano [...] Si de algo no necesitaban los narcocorridos, era de la imaginación” (Pérez, 2002: 30).

La vida de esta mujer es azarosa; se encuentra con la muerte a cada momento, como cuando unos hombres la persiguen después de que han asesinado a su primer amante. Sus agresores la violan, ella se defiende y le dispara a uno de ellos. La violencia se manifiesta de distintas maneras, y una de ellas es, claro está, la violación. Ya habían abusado de Teresa años atrás, cuando ella tenía quince. Su vida parece marcada desde un principio.

La muerte con violencia es algo muy común “en una tierra donde morir con violencia era morir de muerte natural –veinte mil pesos un muerto común, cien mil un policía o un juez, gratis si se trataba de ayudar a un compadre” (Pérez, 2002: 35). La muerte violenta se ha vuelto algo cotidiano en nuestras vidas, a las que invisibiliza.

La imagen que Teresa tiene de sí misma va cambiando conforme suceden los acontecimientos, como si fuera una figura que se desdoblara para mirarse como es o para observar lo que ha dejado de ser: “El recuerdo reciente por fin la estremecía, pues la otra Teresa Mendoza acababa de abandonarla, y sólo quedaba ella misma sin nadie a quien espiar de lejos. Sin nadie a quien atribuir sensaciones y sentimientos” (Pérez, 2002: 44). Estos momentos de confrontación consigo misma son muy interesantes y se irán desplegando gradualmente en las diferentes etapas por las que esta mujer va pasando. Otra imagen: “Observando con aprehensión cada uno de los rasgos de sus veintitrés años de vida como si tuviera miedo a verlos alterarse en una mutación extraña. Miedo a ver, un día, su propia imagen sola en la mesa, como los hombres de aquella cantina de Culiacán; y no llorar, y no reconocerse” (Pérez, 2002: 93).

Ésta es una forma de pensarse en un futuro que no tardará en alcanzarla. En este momento, a pesar de que ha pasado poco tiempo entre la persona que vivió situaciones arriesgadas en Culiacán y la que está en Melilla, España, se va dibujando otra mujer diferente. Los cambios se van suscitando:

Por eso resultaba interesante, casi educativo, entrar y salir de aquel modo de sí misma: poder mirarse desde el interior, lo mismo que desde afuera. Ahora Teresa sabía que todo, el miedo, la incertidumbre, la pasión, el placer, los recuerdos, su propio rostro que parecía mayor que unos meses atrás, podían contemplarse desde ese punto de vista (Pérez, 2002: 133).

[...] mientras daba al mismo tiempo ojeadas al espejo, interrogándose sobre la distancia cada vez mayor entre aquellas tres mujeres: la joven con ojos asombrados del papel fotográfico, la Teresa que ahora vivía a este lado de la vida y del paso del tiempo, la desconocida que las observaba a las dos desde su –cada vez más inexacto– reflejo (Pérez, 2002: 135).

Los cambios ocurridos en su vida son tan rápidos que se asombra y no se reconoce, “pues no siempre estaba segura de ser ella misma la que se miraba, o se recordaba; como si fueran varias las Teresas agazapadas en su memoria y ninguna tuviera relación directa con la actual” (Pérez, 2002: 238).

Otro elemento importante y que es simbólico y reiterativo son los amaneceres grises que continuamente despiertan a Teresa y que aparecen como presagios en su vida: “Por eso necesitaba esperar a que amaneciera y analizarlo con la luz gris del alba, cuando tuviese miedo” (Pérez, 2002: 257). Estas ocasiones en que reiteradamente se desdobra, aparece otra mujer que la observa y sabe que es ella misma, que es criticada y no es aceptada. En varias partes de la novela aparece como una contraparte.

Al tener que escapar de México por consejo de don Epifanio Vargas, Teresa llega a Melilla, España, en la costa marroquí, y ahí conoce a un hombre al que va a amar y con el que va a tener una relación profunda: Santiago Fisterra, un gallego traficante de hachís.

La historia se nutre de corrupciones, de las rudas acciones que acompañan la vida de los narcotraficantes –sus trabajos nocturnos en embarcaciones con poderosos motores, la necesidad de esquivar a la guardia costera y a su helicóptero.... Junto a Santiago se hace una experta en correrías nocturnas en lanchas rápidas que evaden a la policía con su cargamento de droga.

Por su existencia pasan muchos personajes, la mayoría tiene que ver con su quehacer delictivo. En esa vida no existen los amigos, y así lo afirma el narrador. La vida de Teresa parece deambular por un camino donde las personas que la han rodeado y querido han sido asesinadas.

A los veinticuatro años sufre un terrible accidente que la lleva al hospital y a su amante a la muerte. Es apresada por contrabandista y tiene que pasar año y medio en la cárcel, donde también aprende a defenderse de los que le quieren hacer daño. Ahí conoce a otro personaje que la va a determinar y a acompañar otro trecho de su vida: Patricia O’ Farrell, mujer perteneciente a las altas esferas que había sido apresada por andar con un hombre al que asesinó la mafia y que se dedicaba al narcotráfico. Ella es una mujer con clase que le enseña a vivir de diferente manera y la acerca a los libros. Es bisexual

y tiene una relación duradera con Teresa, a quien le hace ver la necesidad de la instrucción y de no depender de un hombre.

Oleg Yasikov fue un hombre que incidió notablemente en la protagonista. Era un ruso que fue su socio en los negocios de la droga y quien la apoyó en muchas situaciones difíciles que se le presentaron, y también fue su consejero y guía en los caminos difíciles de la vida del narcotráfico. Fue un hombre clave en la vida de Teresa; sin él no hubiera podido sobrevivir en ese mundo. También la ubicó en la realidad.

Otro hombre que ingresó en la vida de la protagonista y tuvo enorme importancia para ella, es Teo Aljarafe, quien la ayuda a ampliar sus negocios de droga. Es su contador y organiza el lavado de dinero. Será posteriormente la persona con quien tendrá relaciones sentimentales. Este hombre la traicionará y, por ello, Teresa lo mandará matar.

Conforme ampliaba el negocio, aumentan los enemigos. Después del tráfico de hachís estuvo en el de cocaína junto a Oleg Yasikov, lo que propició que su poder se extendiera por el Mediterráneo. Este hombre fue crucial en la vida de Teresa. Gracias a él aprendió a sortear los peligros que le imponía la vida en el narcotráfico. Es un hombre inteligente, sensible, que ha sabido desenvolverse en el duro negocio del narcotráfico sin ser apresado. Tiene más experiencia y sabiduría que Teresa: “Me estoy quedando sola, Oleg. Estaba quieta frente a él, y la resaca del agua minaba la arena bajo sus pies a cada reflujo. El otro sonrió amistoso, un poco lejano. Triste. Qué extraño oírte decir eso. Creía que siempre estuviste sola” (Pérez, 2002: 444).

En la vida de la protagonista hubo tres hombres a los que ella amó. Del tercero, Teo Aljarafe, se embaraza. Este hombre se aprovecha del amor de Teresa y la engaña robándole dinero. Es a través de las cuentas e inversiones irregulares que la justicia sospecha de él y lo presiona para que la delate. Cosa que hace. Ello es un detonante en la vida de esta mujer, cuyo final como narcotraficante está próximo; quien lo induce es Guillermo Rangel, “Willy”, el agente de la Administración para el Control de Drogas (DEA) que le hace saber que el hombre que mandó matar a su primer novio fue don Epifanio Vargas, a quien ella creía su protector y que le había ayudado a escapar de México. El gobierno de Estados Unidos no veía bien que un ex narcotraficante pudiera ser, en un futuro, senador de la República mexicana.

La vida de esta mujer está marcada por la desgracia: de chica fue violada, su padre las abandonó y su madre se dio al alcoholismo. En un momento de desesperación se confiesa ante Oleg como una mujer cobarde que ha presentado siempre una máscara de valentía y cuya vida ha estado definida por otros:

Yo soy la otra morra que tú no conoces. La que me mira, o ésa a la que miro; ya no estoy segura ni de mí. La única certeza es que soy cobarde [...] Fíjate: tanto miedo tengo, tan débil me siento, tan indecisa, que gasto mis energías y mi voluntad,

las quemó todas hasta el último gramo, en ocultarlo...Porque yo nunca elegí, y la letra me la escribieron todo el tiempo otros. Tú. Pati. Ellos (Pérez, 2002: 483-484).

Las circunstancias hacen que se vea en una encrucijada cuando el agente de la DEA, Williy Rangel, le ofrece inmunidad bajo otra personalidad, con el fin de que declare en México en contra del futuro senador, don Epifanio Vargas. Ella acepta la propuesta, ya que se encuentra bajo la amenaza de encarcelamiento.

En México, Epifanio Vargas decide entrevistarse con ella con el fin de disuadirla para que no declare en su contra, aunque lo que en realidad quiere es exterminarla. La protagonista hace divagaciones y reflexiona en lo que ha sido su vida. En la obra existen pocas digresiones y éstas sirven para ahondar en la personalidad de Teresa Mendoza, pues tienen que ver con la presencia de su doble personalidad, con aquella otra mujer que siempre ha estado cerca, observándola:

La última vez que estuvo allí había otra mujer mirándola desde las sombras. A menos, resolvió, que yo sea la otra mujer, o la tenga dentro [...] Quizá la vida sea eso, y una respire, camine, se mueva sólo para mirar un día atrás y verse allí. Para reconocerse en las sucesivas muertes propias y ajenas a las que te condena cada uno de tus pasos (Pérez, 2002: 515).

La vida de narcotráfico ha quedado atrás. Eso fue parte del arreglo con el agente de la DEA. La carrera de Epifanio Vargas quedó destruida. La última imagen que tuvo el autor-narrador de la protagonista fue cuando declaró en la Procuraduría General de Justicia del Estado de Sinaloa y observó que rasgaba en pedacitos una fotografía. Ésta es una acción simbólica que indica el rompimiento con su anterior vida, ya que la fotografía que guardaba, el pedazo de ella, era de sí misma abrazada de su primer amor asesinado, el güero Dávila.

El autor-narrador finaliza la novela con una reflexión que indica la presencia real de él como actor presencial de algunos hechos y de su cercanía a los protagonistas; ha hurgado en sucesos ocurridos a la mayoría de los personajes, sin hacer a un lado la parte de ficción que tiene toda buena novela.

En la mayoría de las obras analizadas no se centran en la mente de los narcotraficantes, en *La reina del sur*, Pérez-Reverte logra que la protagonista tenga un final feliz y que, en contraste con la mayoría de las novelas del mismo género, se convierta en heroína, a pesar de los asesinatos ordenados y del contrabando intenso de drogas.

Una buena parte de esta literatura es lineal: introduce la incertidumbre, la desazón, la angustia, y ofrece un desenlace sin porvenir. La literatura mexicana contemporánea de este tipo está acuñando una retórica en que las experiencias extremas de la violencia emulan las desarrolladas en la vida real, tratando de competir con las presentadas en los periódicos y en la tele-

visión. Lo que es crucial en esta discusión es la eficacia literaria de los textos. En este sentido se puede hablar de la existencia de dos tipos de obras: aquellas donde la violencia es lo más importante y es presentada sin complejos atavíos en el espacio y en el tiempo, y aquellas que conjugan la creatividad literaria y lo estético con la irrupción de la violencia.

El acercamiento con el texto demanda una competencia del lector cuyo conocimiento sea cercano a lo ocurrido ya que trata de representar una literatura de lo real. Se diferencia de la literatura testimonial en el sentido de que la del narcotráfico, a pesar de los horrores y de la representación de torturas, convive con la ficción mitigando la tensión que provoca su lectura ¿Hasta qué punto podemos considerar inhumanas las decapitaciones, las muertes violentas? La historia de la humanidad nos muestra que las muertes violentas siempre han existido; los horrores y el sufrimiento no son privativos de nuestro tiempo. Aunque para muchos la violencia ejercida por los narcotraficantes es inhumana, otros la consideran parte consustancial del ser humano. En todo caso, las narconovelas son parte de lo que Maurice Blanchot llamó “una literatura del desastre”; una literatura para la que no es posible definirlo que aqueja y destruye inmisericordemente al ser humano. Algunos narradores lo han expresado de manera próxima al sufrimiento real, y es que una mayoría hemos transitado, de manera cercana o un poco distante, por una senda en que todo el dolor causado por el incalculable número de muertos los invisibiliza.

Uno de los propósitos del estudio de esta literatura es que como lectores nos concienticemos y adoptemos una postura frente a lo que está ocurriendo. Es necesario que reconozcamos la importancia del valor de la vida, no de la violencia ni la de aquello que nos proporciona un placer efímero o una riqueza ganada a costa de la sangre de otros. Este fenómeno responde a una sociedad en decadencia cuyos escasos valores han sido minados, en la que priva el consumismo desenfrenado y abunda la corrupción en todos los niveles. La realidad actual ha cambiado nuestra manera de ver las cosas; nuestra vida ya no es igual después de tantas muertes. El mundo de las drogas cambia sustancialmente todo lo que lo rodea: modifica hábitos, introduce otra forma de vivir, suscita un miedo constante; la economía se debilita debido a la exigencia de los grupos delincuenciales de entregar el “pisaje”.¹ Aquí me refiero a la economía del estado de Guerrero, donde los comercios se ven obligados a cerrar sus puertas. Los diarios enumeran como letanía en sus páginas la cantidad de muertos que se van agregando a una ya enorme lista en la que

¹ Es un pago que le exige el narcotraficante a un comerciante para que no sea incendiado su negocio, o para que no le maten a un familiar.

los nombres no importan y se han convertido en cifras; de esa manera las personas pueden “sobrevivir”.

El miedo disgrega, levanta murallas reales y simbólicas, pero también tiene una fuerza adhesiva que une, propiciando un sentimiento compartido de vulnerabilidad. Las muertes violentas son las acciones principales de este subgénero literario en boga, y con mucho futuro si consideramos los acontecimientos actuales. ¿De qué ha servido que se narre lo que sucede en nuestro alrededor? ¿Tiene alguna consecuencia, alguna finalidad? Somos responsables de nuestra realidad y tenemos el deber de cambiar para ofrecer a las generaciones venideras un mundo en el que se pueda vivir. De ahí que no importa cuántas novelas más del narcotráfico se escriban; todo depende de nuestra actitud como lectores.

La ciudad, como lugar geográfico del narcotráfico, es el nuevo espacio de la muerte violenta y el que la invisibiliza: el exceso de cadáveres, los cuerpos como narradores de la deshumanización en México y en otros lugares; la capacidad de muchos mexicanos o colombianos para decirse a sí mismos: “La fugacidad de la vida humana a mí no me inquieta; me inquieta la fugacidad de la muerte: esa prisa que tienen aquí para olvidar” (Vallejo, 1994: 40). Vivir con la muerte violenta generando el terror que deshumaniza alejándolo de su capacidad de comunicar, porque finalmente los periodistas informan. Por su parte, Restrepo (1985) construye una visión esperanzadora de la función social de la literatura como solución poética a la violencia; ésta es una propuesta que comparto y que en algún momento también la mencionó Carlos Fuentes.

Rosana Reguillo (2015) establece similitudes entre la actual narco-violencia en México y la violencia que caracterizó al nazismo; las dos comparten el establecimiento del terror como forma de gobierno, la disolución de la persona (identidad), la invisibilidad de las víctimas y la visibilidad de los victimarios; es imposible determinar el inicio y el fin de esta forma de gobierno, cuyo patrón de conducta es incompresible. Lo anterior confirma que el narcotráfico, al igual que el nazismo, instrumentaliza la violencia como dispositivo de control, sometiendo a la población al terror como forma de gobierno.

Los periodistas recogen los hechos e informan, pero no comunican, como anteriormente se dijo; se limitan a presentar lo que cotidianamente sucede; pero hay periodistas y creadores, como Roberto Ramírez Bravo e Iris García Cuevas, que no se limitan a usar su obra como espejo, sino que nos ofrecen detalles, descripciones, expresan el dolor humano y aluden a una ausencia de valores que es significativa en nuestra época.

Estamos ante el recuento de la vida diaria, con la violencia como un eje importante que define la trama y el lenguaje, acompañada de técnicas narrativas que agilizan la historia y dan cuenta de un trabajo profesional. Varios personajes son representativos de aquello contra lo que lucha el hombre: in-

justicia, afán de poder, corrupción política. Estos personajes pueblan las páginas de las obras. Hay autores que insisten en el trabajo literario y hablan de la política en novelas que son poéticas. Denuncian la corrupción y la violencia suscitadas por el afán de poder, y lo trágico es que el dolor y la crueldad se han instalado en nuestras vidas; las ejecuciones diarias, la presencia cotidiana de la muerte violenta, son ahora parte de nuestra circunstancia.

Existen características comunes en los personajes de las novelas que son resultado de los acontecimientos diarios, como la notable pérdida de valores humanos. No hay un plan concreto para dar fin a esta problemática; cada quien sufre sus problemas. Aquí no existe una fuerza homogénea que pretenda enfrentar un flagelo que azota a la mayoría; todos lo viven de una u otra manera, ya sea sufriendolo en carne propia o bien como testigos de lo que cada día ven y escuchan en los diferentes medios de comunicación. La violencia ha pasado a ser parte de nuestra cotidianidad, por eso la aceptamos tal cual y, sin que meditemos en su alcance, nuestra vida continúa. La literatura ha sido una de las formas artísticas que ha sido marcada por esta presencia, que por momentos se muestra invencible. Quienes la han padecido han mostrado que no importan sexo ni edad.

Abad Faciolince y Omar Rincón trazaron los primeros rasgos de lo que hoy se conoce como *narcoestética*. Una tipología que se define y aborda a partir de los sucesos que emergen de estas novelas. Entre dichos rasgos figuran la semántica de la frustración y el desencanto, y los pactos de lectura que suscribe. Los asesinatos y torturas atroces que son puestos en escena —el ejercicio de la agresión sobre los cuerpos— pueden ser entendidos como resultado de la des-subjetivación de las personas, como resultado de una sociedad donde el individuo no es más que un objeto útil para ciertos fines económicos y desechable cuando deja de ser provechoso.

De acuerdo con los lineamientos que establece la pragmática literaria, toda obra de ficción propone un determinado contrato de lectura con su público, un pacto que puede implicar una relación de complicidad, cierta distancia o una pedagogía según sea su propósito, pero que siempre tiene como fin que el lector se involucre *con* y *en* lo que está leyendo. Los escritores de la narcoliteratura no quedan exentos de la apropiación de este modelo. Existe un pacto ficcional general entre los autores y los receptores de estas obras, un pacto determinado por una suspensión de la incredulidad que avala su calidad de ficción propiamente. A ello se agrega que, dentro del sistema estético narco, marcado por un realismo minucioso, las historias se hacen verosímiles con el periodismo de la crónica roja del narco.

El narcotráfico es un fenómeno social —y, como tal, producido por los hombres— que se ha complejizado con el paso del tiempo por el ansia insaciable de poder y dinero. Es un problema cuyas numerosas aristas vaticinan que no se resolverá. La elevada corrupción que ha vuelto al Estado mexicano en

sus variados niveles (presidentes, gobernadores, autoridades municipales) cómplice de los diferentes cárteles de la droga, augura que este problema no terminará.

Bibliografía

- Basile, Teresa (coord.) (2015), *Literatura y violencia en la narrativa latinoamericana reciente*, Universidad Nacional de La Plata-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Buenos Aires, en *Memoria Académica*, disponible en <<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.378/pm.378.pdf>>.
- García Cuevas, Iris (2009), *Alias*, Cuadrivio, México.
- Gómez, Blanca Inés, Cristo Figueroa Sánchez, et al. (2010), *Hallazgos en la literatura colombiana. Balance y proyección de una década de investigaciones*, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- Krauze, Ethel (2010), *Dulce cuchillo*, Jus, México.
- Kübler-Ross, Elizabeth (2016), *La rueda de la vida*, Zeta Bolsillo, Barcelona.
- Mendoza, Élmer (2008), *Balas de plata*, Tusquets, México.
- Pabón, Carlos (2015), “De la memoria: ética, estética y autoridad”, en Teresa Basile (coord.), *Literatura y violencia en la narrativa latinoamericana reciente*, Universidad Nacional de la Plata-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Buenos Aires.
- Pérez-Reverte, Arturo (2002), *La reina del sur*, Alfaguara, México.
- Ramírez Bravo, Roberto (1989), “Yo sólo quería orinar”, en *Sólo es real la niebla*, Sagitario, México.
- _____ (2005), *Hace tanto tiempo que salimos de casa*, Praxis, México.
- Reguillo, Rosana (2015), “Horizontes fragmentados: una cartografía de los miedos contemporáneos y sus pasiones derivadas. Diálogos de la comunicación”, en *Revista Académica de la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social*, en <<http://dialogosfelafacs.net/wp-content/uploads/2015/75/75-revista-dialogos>>, consultada el 20 de junio de 2017.
- Restrepo, Laura (1985), “Niveles de realidad en la literatura de la violencia colombiana”, en Martha Cárdenas (edit.), *Once ensayos sobre la violencia*, Fondo Editorial Cerec, Bogotá.
- Sefchovich, Sara (1992), “Las mujeres y la escritura hoy, aquí”, en Mariano Morales (comp.), *Literatura, mujeres, escritura*, Universidad Autónoma de Puebla, México.
- Vallejo, Fernando (1994), *La virgen de los sicarios*, Alfaguara, Madrid.

LA GUERRA SUCIA DEL PERIODISMO MEXICANO: EL GOLPE A *EXCÉLSIOR*

*Iliana Olmedo Muñoz**

En México el gobierno tiene una parte muy activa en la literatura que se escribe: uno no puede escribir sin tener como punto de referencia al gobierno; por eso me digo a veces que tal vez el gobierno sea la verdadera conciencia de México y los escritores sólo vengamos detrás.

Elena Garro

Los discursos del poder y sus versiones oficiales contrastan con la mirada de la literatura sobre los mismos sucesos. Estas divergencias son muy claras en la narrativa acerca del llamado “golpe a *Excélsior*”. Tanto la crónica novelada *Los periodistas* (1978), de Vicente Leñero, como la novela *Pretextos*

* Catedrática del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología adscrita a la Maestría en Humanidades, Facultad de Filosofía y Letras-Universidad Autónoma de Guerrero. Doctora en Filología por la Universidad Autónoma de Barcelona.

(1979), de Federico Campbell —ambas escritas y publicadas un par de años después del episodio—, recrean los hechos desde la perspectiva de los implicados y discuten su planteamiento institucional.

El golpe a Excélsior

El 8 de julio de 1976, después de varios acontecimientos entre fatídicos y rocambolescos, fueron expulsados de las instalaciones del diario *Excélsior* en la Ciudad de México, su director, Julio Scherer García, y sus colaboradores más cercanos, entre ellos Abel Quezada, Gastón García Cantú y Miguel Ángel Granados Chapa. Este episodio, orquestado desde las esferas del gobierno, es un ejemplo idóneo para comprender la relación que existe entre la prensa y el poder en México. No sólo porque representa el final de la era más analítica de un diario mexicano, sino porque traza el proceso de anulación de la libertad de expresión en un medio divergente y muestra la tensión entre dos fuerzas históricamente opuestas.

La cronología es conocida: Julio Scherer tomó la dirección de *Excélsior* el 1 de septiembre de 1968 —año de la Olimpiada y de la matanza de Tlatelolco— y de manera progresiva empezó a realizar un tipo de periodismo que se salía de las pautas y los esquemas que los dirigentes esperaban. Fue mayor la discrepancia porque la línea editorial de *Excélsior* nunca había estado completamente desvinculada del poder. De hecho, hasta entonces el diario había mantenido una armonía ideológica con los gobiernos posrevolucionarios, armonía que le había permitido sobrevivir (Buckholder, 2016: 348).

En el sexenio de Echeverría, la distancia entre el proyecto de *Excélsior* y la visión del poder se amplió hasta el punto de molestar a los dirigentes; Scherer se había propuesto hacer un periodismo que reflejara los problemas y deficiencias del país, que eran en su mayoría ignorados por el gobierno. Leñero recreó estas oposiciones en *Los periodistas*:

El presidente [Echeverría] conversa con los periodistas de la comisión que lo acompaña hasta los Pinos. Habla y habla y habla; calla de pronto, mira a Julio Scherer:

—Se necesita hígado para aguantar a *Excélsior* —dice.

—Hacemos el mejor periodismo que podemos, señor presidente, pensando en el país.

Echeverría palmea a Julio, sonrío:

—No estoy hablando en serio, Julio.

—Yo sí, señor presidente (Leñero, 2007: 18).

Desde 1968 el Partido Revolucionario Institucional sufría una severa crisis política y granjearse el respaldo de los medios de comunicación era una

de sus estrategias para recuperar legitimidad. De hecho, como afirma Ignacio Corona, “el movimiento estudiantil y la represión al periódico pueden ser comprendidos como parte de un mismo proceso marcado por la dicotomía Estado-sociedad” (Leñero, 2007: 25). Después de las acciones violentas de Tlatelolco, Echeverría —no bien tomó el poder— trató de aliarse con diversos sectores, como el obrero y el campesino, para dar cierto sesgo popular a su mandato. Entre estas disposiciones también figuraba la de conseguir el favor de los medios de comunicación.

Un ejemplo de la dependencia histórica de los medios al gobierno era el control sobre el papel. A través de la empresa Productora e Importadora de Papel Sociedad Anónima (Pipsa), el gobierno tenía el monopolio de la distribución de los rollos. Cuando se planteó la creación de *Proceso*, por ejemplo, Pipsa se negó de inmediato a abastecerles y el semanario tuvo que salir impreso en pliegos comprados en el mercado negro (Leñero, 2006: 242).

Si se observa la historia de la prensa en México, resulta evidente que sus vínculos con el gobierno siempre han sido muy estrechos; pero si en la primera mitad del siglo XX este lazo se afianzó de manera abierta, en las décadas de los sesenta y setenta subsistía y se reforzaba mediante acuerdos confidenciales y negocios ocultos. Tras su indagación en varios archivos recientemente desclasificados de la Secretaría de Gobernación, el periodista Jacinto Rodríguez Munguía demostró en su libro *La otra guerra secreta. Los archivos prohibidos de la prensa y el poder* (2007), que la relación de los gobiernos de Gustavo Díaz Ordaz (1964-1970) y Luis Echeverría (1970-1976) con la prensa se sostenía en la manipulación y la censura (Rodríguez, 2007: 10-17). No sólo por la ya mencionada restricción del papel sino por el mandato directo o clandestino de los contenidos. A través de distintos documentos, cartas, transcripciones telefónicas, informes confidenciales, listas de regalos o *sueldos* a periodistas, el autor descubre la violencia soslayada que el gobierno imponía a los medios de comunicación.

De la misma manera indirecta debe entenderse la participación del gobierno en el golpe a *Excélsior*; su patrocinio no fue explícito sino que se gestó de forma soslayada a partir de dos conflictos: el promovido en el seno del periódico por los cooperativistas y técnicos, y el de los ejidatarios que peleaban los terrenos comprados por la cooperativa en Paseos de Taxqueña. Ambos derivaron en la destitución de Julio Scherer y en la salida conjunta de sus principales colaboradores el 10 de junio de 1976.

A pesar de que el mismo Scherer recibía ciertos privilegios del poder,¹ hubo una fractura y Echeverría consideró que el diario “había roto *las reglas*

¹ Como la simpatía y regalos de Luis Echeverría y Fausto Zapata, cosa que Vicente Leñero narra con detalle en *Los periodistas*, pp. 74-81.

no escritas del juego, atacando al presidente, al gobierno en general, al PRI” (Navarrete, 2013: 19). Es más, la línea editorial del *Excélsior* de Scherer fue definida en su momento por el entonces embajador de Estados Unidos, John Jova, como de izquierda. En el informe confidencial que el diplomático envió a Washington en 1976 y que salió a la luz en Wikileaks en 2013, explicaba que “el diario que dirigía Scherer García era *independiente* y se referían a él como *influyente*, así como *izquierdista*, *izquierdista-nacionalista* y de *centro-izquierda*, según los cables 1973MEXICO064466-b, 1975MEXICO00694-b, 1974MEXICO00847-b y 1974STATE026278-b” (Navarrete, 2013: 17).

La reconstrucción de los hechos

En su novela *Los periodistas*, publicada en 1978,² es decir, dos años después de que él y sus compañeros fueran expulsados,³ Vicente Leñero refirió en profundidad los episodios vinculados con el golpe a *Excélsior*. Este tipo de texto, cercano a la crónica, el reportaje, la autobiografía e incluso el testimonio, pero escudado tras el uso de las herramientas de la ficción, empezó a adquirir importancia desde que aparecieron los relatos testimoniales sobre la Revolución,⁴ y alcanzó un nuevo auge hacia finales de la década de los sesenta, con libros cronísticos como *Hasta no verte Jesús mío* (1969) y *La noche de Tlatelolco* (1971), ambos de Elena Poniatowska.

En la nota que Leñero incluyó en la edición de 2006 (*Los periodistas*) explica su proyecto de fusionar la invención con los acontecimientos comprobables: “Amparado bajo tal género literario y ejercitando los recursos que le son o pueden ser característicos he escrito este libro sin apartarme, pienso, de los imperativos de la narración novelística” (Leñero, 2006: 12). Al proponer la lectura del texto como novela, Leñero crea espacios de duda y vacilación sobre la veracidad de los hechos y, al mismo tiempo, abre las lecturas del relato al disminuir su carácter fidedigno. No obstante, un poco más adelante el autor parece arrepentirse y matiza la calidad ficcional de su propuesta añadiendo: “Consideraré forzoso sujetarme con rigor textual a los acontecimientos y

² En la novena reedición de *Los periodistas*, en 1988, Leñero sustituyó el capítulo siete “Los inos” (suerte de farsa teatral) con el ensayo “Guerra interna dentro del nuevo *Excélsior*”, que había sido publicado en *Proceso* en 1977.

³ Aparecieron varias versiones sobre el golpe a *Excélsior*, aunque ninguna con intención ficcional sino más bien como testimonios personales: Miguel Ángel Granados Chapa, *Excélsior y otros temas de comunicación* (1980); Manuel Becerra Acosta, *Dos poderes* (1984); Julio Scherer, *Los presidentes* (1986); Héctor Minués, *Los cooperativistas. El caso Excélsior* (1987); Regino Díaz Redondo, *La gran mentira. Ocurrió en Excélsior* (2002).

⁴ El ejemplo clásico es *La sombra del caudillo* (1929), de Martín Luis Guzmán.

apoyar con documentos las peripecias del asunto porque toda argumentación depende en grado sumo de los hechos verdaderos, de los comportamientos individuales y grupales y de los documentos mismos” (Leñero, 2006: 12). De hecho, el relato se basa en una cronología fiel a lo ocurrido y los protagonistas tienen nombres y apellidos reales. Y son ciertamente primeras figuras del periodismo mexicano: Ricardo Garibay, Granados Chapa, Leñero, Becerra Acosta, José Emilio Pacheco, Esther Seligson y Carlos Monsiváis.

Leñero concluye su anotación acentuando la ambigüedad al establecer las reglas internas de su relato dentro de un espacio fronterizo entre la verdad y la imaginación, donde la historia individual y sus batallas mínimas adquieren mayor predominio e importancia que la historia colectiva, social y grandilocuente: “Estrictamente no voy a escribir una crónica ni un reportaje ni un documento histórico, sino una simple novela enfocada a las anécdotas más que a los significados trascendentes” (Leñero, 2006: 54).

En la crónica ficcional que pretende ser *Los periodistas*, Leñero no sólo narra en detalle los hilos que se entretajeron para poner fin a la era de Scherer en *Excélsior*; también se adentra en los mecanismos íntimos de la extraña dinámica que Luis Echeverría había creado con este diario: “Somos nosotros dueños, y hasta cuándo. Hasta cuando el gobierno dice tírenlo ya. Porque nosotros qué podemos hacer si no hay quién dé la orden, el dinero, las garantías, el visto bueno. Digo” (Leñero, 2006: 18). Aquí Leñero demuestra que los integrantes de *Excélsior* tenían plena conciencia de las condiciones en que trabajaban, y sabían que sus empleos estaban condicionados por el beneplácito gubernamental. La libertad está acotada, pero consigue abrirse paso dentro de estas restricciones: “Necesitamos aceptar las reglas del juego del sistema y ejercitar nuestra profesión hasta donde los límites de esas mismas reglas lo permitan. De otro modo corremos el riesgo de marginarnos en un periodismo sin peso ni influencia en la sociedad” (Leñero, 2006: 274).

En el balance de sus recuerdos, titulado *La terca memoria*, Scherer definió su visión de la labor que él y su equipo realizaban en el diario: “*Excélsior* era nuestra casa, la presumíamos, la llamábamos catedral del periodismo, pero vivíamos bajo las reglas que aceptábamos como el enfermo que ahuyenta al médico convencido de su salud. Nos decíamos libres y soñábamos adormilados” (2008: 92). Es decir, que en el mismo diario se acataban algunas órdenes no escritas. En una charla telefónica —que Rodríguez Munguía recuperó de los archivos ocultos de la Secretaría de Gobernación— entre Francisco Galindo Ochoa, vocero de la Presidencia, y Scherer, queda claro que desde el gobierno se daba línea a *Excélsior*. En la transcripción de la llamada hablan sobre la cobertura que dio *Excélsior* al Informe de Gobierno de 1966:

FGO: Salió extraordinario, lo dedican todo con inteligencia y cariño al señor Presidente; lo han hecho como nunca. Comprendo que no podían ignorar esto y que a

güevo lo tenían que presentar, pero podían haberlo presentado en una forma o en otra, y lo han presentado extraordinariamente bien.

JS: Estoy muy contento de oír esto, pues creo que, comparado con los otros periódicos, nos los comimos, pero ello se debió a que nos envió el informe con oportunidad.

FGO: Lo hice contrariando normas, pero sabía lo que hacía y con quién lo hacía. Entonces le recomiendo que, como quedamos, le siga así unos días (Scherer, 2007: 101).

Esta connivencia entre poder y prensa se mantuvo en el interior de *Excélsior* hasta los años sesenta; sin embargo, “el favor estatal de 1965 abrió la puerta a una generación de periodistas que no compartía los intereses de sus antecesores y deseaban establecer un nuevo trato en el que sus críticas al gobierno fueran más incisivas de lo que fueron en el pasado” (Buckholder, 2016: 350). Este grupo de jóvenes acentuó su aspiración de hacer otra clase de periodismo después del 68 y en los setenta las esferas del poder empezaron a considerarlo un problema.

Luis Echeverría justificaba sus exigencias con la amistad que mantenía con Scherer; pero cuando se desataron los conflictos en el diario, el presidente se declaró incapaz de meter las manos. La relación de Scherer con el poder, por tanto, no era ni tersa y mucho menos independiente. Es más, desde la década de los sesenta el gobierno había dedicado atención y recursos financieros estables y constantes a una campaña para desprestigiar el periódico. Así lo demuestra Scherer en el libro *Tiempo de saber, prensa y poder en México* (Scherer y Monsiváis, 2003). Al entrevistarse tiempo después con un extrabajador de *Excélsior*, Jorge Velasco, éste le reveló a Scherer que había participado en el equipo que Echeverría contrató para vigilar y contradecir a *Excélsior*; Echeverría incluso les arrendó oficinas enfrente de las instalaciones de Reforma y les entregaba salarios mensuales.

Antes de los sucesos de octubre del 68, el *Excélsior* de Scherer mantenía una relación tirante pero pasable con el gobierno; pero después comenzaron a acentuarse las discrepancias. Scherer fue muy crítico con las acciones de represión excesiva ejercidas por el poder, como se observa en la cabeza de la nota que informaba de la muerte de Género Vázquez, cabeza donde se afirmaba que el personaje había andado una “senda equivocada”, o en el titular acerca del asesinato de Lucio Cabañas, a quien se tildaba de criminal sin escrúpulos (Rodríguez, 2007: 114).

Todas estas discusiones aparecen en *Los periodistas*. El propósito de esta novela de Leñero era ofrecer un testimonio acerca de la sinuosa relación entre la prensa y el poder, entre la prensa y los límites a la libertad de expresión. El problema de fondo y el centro de la discusión que Leñero plantea, es que no sólo el gobierno coarta al periodismo libre sino también los mismos periodistas. Recuérdese que el brazo ejecutor del golpe fue otro periodista, Regino Díaz Redondo.

Hacia la mitad de la década de los setenta algunos de los mismos trabajadores del diario empezaron a estar en desacuerdo con la línea editorial de Scherer. Varios abogaban por proteger el vínculo estrecho con el poder, y para 1976 las asambleas se habían convertido en auténticos campos de batalla. Leñero recrea:

Eso nos ha vuelto demasiado confiados, argüía suspicaz Miguel Granados Chapa; no queremos entender que las innumerables deficiencias de la estructura de la cooperativa y los vicios acarreados durante años abren grandes resquebrajaduras por donde pueden infiltrarse intereses extraños empeñados en dañar al periódico en lo que tiene de valioso: su línea periodística liberal (2006: 45).

De ahí que el grupo reaccionario dentro del periódico facilite —en contubernio implícito con el gobierno— la caída del grupo de Scherer.

El mismo objetivo de producir un periodismo crítico sustenta la creación de *Proceso*, revista que representa el promisorio futuro con el que cierra la novela. Después de salir de *Excélsior*, la única manera de conservar la dignidad y perseverar la postura crítica hacia el poder era fundar una nueva publicación. Así, en el primer número del semanario se enunció cuál era la pretensión que le dio origen: “Romper el autoritarismo de la comunicación colectiva, en que unos dictan a otros lo que hay que saber, lo que han de creer, es logro difícil pero no imposible. Recordemos que toda historia fue antes una utopía” (Leñero, 2006: 213).

Los periodistas da testimonio de una época en la que se abrieron algunos espacios para el ejercicio de un periodismo medianamente libre, y de cómo estos huecos empezaron a clausurarse de una manera oblicua, a través de la violencia discursiva, institucionalizada y permitida por el poder. El principal propósito de Leñero fue prestar testimonio de los hechos y defender su punto de vista acerca del golpe a *Excélsior*, y develar quién fue el operador.

Quizá ya no es posible poner en duda la participación del gobierno en el fin de la era de Scherer en *Excélsior*; pero en los años setenta, debido sobre todo a la desinformación, se discutía y, más que nada, no se aceptaba esa incidencia abiertamente. De ahí que algunos intelectuales declararan su conocimiento como forma de apoyar y defender la existencia del periodismo libre. En el primer número de la revista *Vuelta*, Octavio Paz escribió: “Se ha discutido mucho sobre la responsabilidad del Gobierno en el caso *Excélsior*. No es fácil medir esa responsabilidad, pero me parece indudable que el golpe no se habría dado si sus autores no hubiesen contado por lo menos con el consentimiento tácito del poder” (Scherer, 2007: 29).

Es sabido que en la década de los setenta, la represión era bastante frecuente, y que cuando se consideraba *necesaria*, no se escatimaba el uso de la violencia. Leñero le entregó a Óscar Chávez un par de cuartetos sobre el golpe a *Excélsior* que el cantante “nunca se atrevió a interpretar en público por temor” (Leñero, 2006: 71). Y transcurrieron otros 30 años antes de que dichos

cuartetos fueran publicados (Leñero y Chavez, 2006: 71). De hecho, Leñero cuenta en *Los periodistas* que “las amenazas fueron no sólo verbales” (Leñero, 2015: 244), y que una noche lanzaron un par de tiros a su casa. Además, cualquier actividad periodística era revisada por el gobierno estadounidense; las diligencias para lograr la fundación de *Proceso* quedaron registradas por el embajador Jova. “Washington estuvo atento a lo que sucedió las semanas posteriores al golpe a *Excélsior*: el 21 de julio de 1976, la embajada envió un reporte sobre los intentos de Scherer y su grupo de formar otro medio de información, como lo había anunciado dos días antes, el 19 de julio, en una cena para recaudar fondos” (Navarrete, 2013: 21).

Campaña para desprestigiar a Excélsior

Una de las estrategias que el gobierno empleó para justificar el golpe a *Excélsior* frente a la opinión pública, fue desacreditar a su director, Julio Scherer. Además del vacío informativo generado por la mayoría de los medios sobre el golpe y de la parcialidad de los que lo tomaron en cuenta, “Ahora sí resultaba evidente la embestida exterior contra *Excélsior* prolongada por los desplegados difamatorios en los diarios y por los ataques de Roberto Blanco Moreno y Jacobo Zabłudovsky en la televisión” (Leñero, 2015: 127), aparecieron libros que desprestigiaban a Scherer y a Daniel Cosío Villegas,⁵ uno de los colaboradores más críticos y cuyos editoriales eran temidos por el gabinete. Estos libelos, escritos en lenguaje coloquial y con la finalidad de revelar supuestas verdades ocultas, mostraban un perfil tergiversado –y por demás difamatorio– de los dos intelectuales. Su función se concentraba lo mismo en desprestigiar que en suministrar visiones oficialistas de la situación social y política de México. Estas calumnias, muy comunes en los años sesenta, aparecían en tirajes profusos y sin sello editorial, siempre firmadas con pseudónimos.

El texto clásico del género es *¡El móndrigo!*, publicado por el sello Alba Roja, sin fecha. Como expone la “Explicación necesaria” que antecede al texto y que firma la editorial en conjunto, se trata del diario encontrado “fuertemente sujeto” a la cintura de un estudiante anónimo (“en este tipo de luchas, ninguno usa credencial”) caído el 2 de octubre de 1968. “Al parecer, el joven estudiante, mortalmente lesionado, esperó que terminara la lucha para escapar; y cuando las armas callaron se fue arrastrando rumbo a las escaleras, de las que quedó a unos pasos cuando las fuerzas le faltaron y murió.” Las pági-

⁵ Uno de los libelos se titulaba *Danny, el sobrino del tío Sam*, y fue firmado por Eugenio Ibarra.

nas del manuscrito mostraban, según sus autores, las actividades detalladas del movimiento estudiantil, y en ellas se observaba la mentalidad *corrupta* y *fuera de la realidad* de un estudiante (éste servía de ejemplo para entender cómo eran todos los demás). El principal peligro de estos estudiantes era su anhelo de poder, “que es su obsesión, para establecer el régimen socialista”. De hecho, el párrafo que abre el texto ejemplifica este pensamiento: “Bueno, ya soy un personaje. Si las cosas marchan viento en popa como van, formaré parte del gobierno socialista de México que sustituirá al reaccionario y burgués de Gustavo Díaz Ordaz”.

El título, elegido por los editores, fue extraído de los legajos, ya que el autor “una sola vez en el transcurso de sus memorias usa para sí el mote de El móndrigo”. Y al parecer, cuando lo vieron caído algunos de sus compañeros gritaron: “¡El móndrigo!”, palabra usada en México como sinónimo de infame, corrupto, bellaco. Es decir, el término perfila, no a un estudiante sino prácticamente a un bandolero, lo que quizá no justifica su asesinato pero sí atenúa la gravedad del mismo. “Estos libros”, explica Pablo Tasso, “le sirvieron [al gobierno] como presentación de las políticas de la guerra sucia y para salvar algunos rasgos del ejército en el imaginario de los sectores más cercanos” (Tasso, 2016: 857). De ahí que en 1971 apareciera *Jueves de Corpus*, con un doble objetivo: eximir a los militares de los asesinatos del 10 de junio de 1971, y propagar la idea (*¡El móndrigo!* también aludía al radicalismo del movimiento estudiantil) de que los involucrados merecían ser asesinados por extremistas y porque representaban un peligro potencial para la estabilidad del país (Campbell, 2016: 192). Estos libelos no sólo se hacían eco de los rumores que sostenían los miedos de la sociedad, sino que afianzaban versiones oficiales. Versiones muchas veces extremistas e inverosímiles. Según Federico Campbell, “el libelo [es utilizado] como arma política o instrumento de difamación, cuando no se puede atacar de frente al objetivo sino sólo de esa cobarde manera: mediante una puñalada de desinformación por la espalda” (Campbell, 2007: 162). Estos textos deben verse como medidas represivas, como una forma de violencia discursiva utilizada por el gobierno para invalidar visiones distintas a la oficial. Los libelos, además, contaban con pleno sostén para su comercialización y tráfico; “lejos de ser un producto marginal del poder, que evadía los controles para circular, éste era un producto de las mismas oficinas censoras. Su edición no era perseguida por policías, sino auspiciada y distribuida por ellos” (Tasso, 2016: 873).

Libelos detrás del golpe

Hubo toda una industria que generaba estas publicaciones. El creador de libelos escribe “desde el Poder, por el Poder, para el Poder” (Campbell, 2007:

162). La existencia de estos documentos requería necesariamente de todo un aparato, gestionado desde el poder, que los propiciara y distribuyera: casas editoriales, financiamiento para los amplios tirajes y autores fantasmas que accedieran a redactarlos. Es precisamente este último elemento el eje de la discusión de la novela *Pretextos o el cronista enmascarado* (1979)⁶ de Federico Campbell. El propósito del autor era hacer una suerte de recreación ficcional de la situación del país. De hecho, la tituló de esa manera porque “así se les decía a ciertas tragedias latinas de la época de Séneca que estaban adobadas con historia y personajes de la realidad política más inmediata” (Campbell, 2007: 161).

Pretextos narra la historia de un aspirante a escritor y periodista, Bruno Medina, que por su falta de pericia para sobrevivir de la escritura y el periodismo se ve en la penosa necesidad de componer la biografía difamatoria de su maestro y amigo, el profesor Álvaro Ocaranza. Así, esta novela recrea —falseando los nombres reales de los protagonistas— toda la campaña falaz —y maquinada desde el poder— para difamar a Julio Scherer un par de años antes del golpe a *Excelsior*, pero que, junto con las otras argucias ya mencionadas, facilitaría su caída.

Campbell se acercó al *Excelsior* de Scherer en la década de los sesenta, como colaborador. Sin embargo, cuando sucedieron los hechos que dieron lugar a la salida de Scherer, Campbell no trabajaba en *Excelsior*. Se había distanciado del grupo desde noviembre de 1968, porque prefirió, según relata, partir a Washington como corresponsal por “cierta paranoia y el terror de salir a la calle en las noches” (2016: 226) después del 2 de octubre. Al volver a la ciudad, se incorporó al equipo editorial de una revista médica y no firmó “la carta de solidaridad con la dirección de Julio Scherer cuando llegó el golpe desde los Pinos. Me lo perdí. No lo viví. Por timidez, tal vez, por inseguridad. Y me lo reproché” (2016: 227).

El texto que sirvió de punto de partida para la ficción realizada por Campbell fue el panfleto *El Excelsior de Scherer*, firmado por el escritor fantasma “Efrén Aguirre”. Fue publicado (sin sello editorial) en 1973 y en su portada roja aparece la imagen desgastada de Marx. Enmascarado con un pseudónimo, el autor plantea que compartió la redacción de *Excelsior* con Scherer durante varios años y que su testimonio es un recuento de primera mano. El texto se divide en capítulos breves que pretenden trazar el perfil de Scherer,

⁶ Esta novela cuenta con varias ediciones y reediciones (sobre el tema), véase la tesis doctoral (Martínez, 2015). Campbell realizó cambios importantes a la novela en dos ediciones. En la última edición póstuma de 2014, publicada por el Fondo de Cultura Económica, su alumno, el escritor Vicente Alfonso, integró las anotaciones manuscritas que Campbell había hecho a un ejemplar y cuidó la edición. Ésta puede considerarse la definitiva y es la que utilizamos en el presente trabajo.

primero como enfermo mental y psicópata peligroso, después como comunista ferviente e incluso como drogadicto y homosexual; para concluir que la línea de *Excélsior* y de todos sus colaboradores –miembros de “el soviet de Reforma 18”– está dirigida por la locura, la “corrupción moral” y, sobre todo, por la Unión Soviética. Esta radicalidad inevitablemente llevará al conflicto, a “la guerra en México” (Anónimo, 1973: 9) y a la muerte masiva. La estrategia del panfleto es en cierto modo muy simple: se basa en la calumnia para generar el miedo. El libro comienza declarando que “está hecho con la verdad” (Anónimo, 1973: 7) y después va desglosando episodios sobre los que *Excélsior* manifestó opiniones importantes, y el autor cuestiona cada vez la valía y, más que nada, la *verdad* de dichas opiniones.

El escritor fantasma fue una figura frecuente en la década de los años setenta en México (Campbell, 2007: 161), no sólo para la redacción de libelos y folletos (des)informativos, sino para mantener desde una columna semanal o diaria una opinión que legitimara las políticas del gobierno en curso. Durante los años ochenta apareció cada martes una columna editorial en *Excélsior* firmada con el pseudónimo *Pedro Baroja*. Varios intelectuales se preguntaron quién estaba detrás de esta identidad y a pesar de que se hicieron algunos señalamientos concretos –Margarita Michelena publicó que se trataba de Rafael Cardona Sandoval, entonces director de Información de la Dirección General de Comunicación Social de la Presidencia, y Adrián Lajous declaró que era Manuel Alonso, jefe de Prensa de los Pinos–, nunca se reveló a quién pertenecía la máscara (Campbell, 2016: 172). Incluso se publicó, en el mismo *Excélsior*, un falso obituario del personaje en 1988 (Campbell, 2016: 197). Estas prácticas narrativas revelan mucho acerca de la manera como operaba el poder para manipular la opinión pública; también demuestran que estos procederes estaban institucionalizados y eran conocidos tanto por periodistas como por los dueños de los diarios. De ahí que Campbell afirme: “La guerra sucia del periodismo mexicano, si la hay, es ésta: la del anonimato y el seudónimo” (Campbell, 2007: 163). No sólo porque el anonimato exime al periodista o reportero de ser señalado como un mercenario al servicio del gobierno, sino también porque “el anonimato del libro le permitiría expresarse con más desinhibición y libertad que de costumbre. Era la forma perfecta de ocultarse y emitir sin temores sus opiniones y sus condenas” (Campbell, 2014: 21).

La locura, el poder y el padre

La novela *Pretextos* es también una discusión acerca de la locura generada por el poder. ¿Cómo sobrevivir cuerdo en un país donde la simulación, la violencia y la represión son las constantes y donde cualquier aspiración de

periodismo libre es clausurada? En semejante contexto lo último que queda indemne es la salud mental de los ciudadanos. En la novela vamos siguiendo el proceso de delirio de Bruno Medina, que empieza con el arrepentimiento por falsear la imagen de su maestro, continúa con la culpa por realizar un acto moralmente reprochable y termina con la pérdida de la razón. En ese aspecto Campbell sugiere que quizá la demencia de Medina fue provocada —a través de intimidaciones y sospechas— también por el gobierno, para mantenerlo bajo control. Además de que la locura del cronista enmascarado es también el resultado del combate entre sus distintas identidades en conflicto. El estudioso Yu-Jin Seong nos dice acerca de Bruno:

Fabrica propagandas y libelos manipulando tanto la historia oficial como la personal con los datos documentales del Archivo, así que forma parte del engranaje en cuya base se ejerce el poder de escritura y se extiende a todos los puntos de la sociedad en forma del sistema de redes. Y al final, Bruno queda como víctima de este sistema perdiendo su propia identidad (2013: 18).

Para escribir el libelo, Bruno se adentra en lo que llama “el archivo”; a partir de éste podrá reconstruir la historia personal de Álvaro Ocaranza. Maestro dedicado, periodista incorruptible y luchador social, siempre del lado de los desamparados, el profesor es, en palabras del autor, “una especie de Pepe Alvarado o José Revueltas, alguien parecido en cierto modo a Julio Scherer o a Daniel Cosío Villegas, un hombre adorable, decente, un dinosaurio ya extinguido como especie moral en nuestro medio” (Scherer, 2007: 161). Es decir: la figura incorruptible que el gobierno quisiera anular. De ahí que el antagonista de Bruno sea el profesor Ocaranza. Es la contraparte dentro de una novela donde los personajes se mueven en conjuntos duales. Como explica Marco Antonio Campos: “En un principio, podríamos decir que la novela es el retrato síntesis de dos personajes, Bruno Medina y Álvaro Ocaranza, el perseguidor y el perseguido, el policía y el periodista político, los alumnos y el profesor, el autor y el personaje” (Campos, 1979: 14). Ocaranza está más allá de cualquier ambición monetaria y destaca por su convicción ética. “Mal hacía Bruno en creer que pasados los cincuenta años los hombres tenían que adquirir el poder o su vida perdía todo sentido, pues no parecía ser éste el caso del profesor Ocaranza” (Campbell, 2014: 177). Esta falta de necesidad o de ambición, según se vea, asombra a Bruno, que es capaz de vender su dignidad y su pluma.

El conflicto de fondo entre Medina y Ocaranza es que el joven considera a su profesor una suerte de figura paterna con la que se encuentra en constante enfrentamiento. Por eso acepta la encomienda de redactar el libelo, pero, por eso también, se siente tan culpable al hacerlo. Sus pensamientos van en dos direcciones: por un lado, tiene el deseo de matar al padre; por otro, lo admira y quisiera alabarlo. El mismo Campbell declaró que su relación con Scherer se había tergiversado al considerarlo una especie de padre. “Y es que

desde entonces había habido un equívoco: me lo tomé como padre. La clásica transferencia de manual. Puse en Julio Scherer una carga que no le correspondía” (Campbell, 2016).

El personaje del padre es uno de los temas centrales de la obra de Campbell; es un personaje que siempre se discute desde su ausencia. Tanto en la novela autoficcional *La clave Morse* (2001) como en la colección de ensayos y aforismos *Padre y memoria* (2014b), Campbell reitera su preocupación por encontrar una herencia que se escapa. Escribe:

Lo que siento es que sólo hasta cierta edad, y ésta puede ser madura, vive uno con el fantasma del padre a todas horas. Después uno se lo inventa, si fue escaso, y se lo guarda en lo más hondo. Deja uno que lo habite y sigue caminando olvidándolo, como una segunda naturaleza que no hay por qué comentar con nadie. No se habla de eso (2001: 57).

No por nada es esta ausencia la que da inicio a *Pretexta*. Bruno, periodista y escritor fantasma, intenta hacer caso a las recomendaciones de su padre, “Que nunca fuera a trabajar para el gobierno le había pedido su padre muchos años atrás” (Campbell, 2014: 11). Y quizá nada más por contradecirlo el personaje tiene que hacer exactamente lo contrario.

Para Federico Campbell, el padre es una especie de eterno ausente, una suerte de Pedro Páramo⁷ al que hay que buscar y, en última instancia, inventar. En *Pretexta* el Estado también desempeña este papel de padre que renuncia a sus hijos, y la consecuencia de este abandono es el fracaso moral de los hijos, su fatídica corrupción. De ahí la imposibilidad de intentar construir un país mejor. “*Pedro Páramo*, la novela, va convirtiéndose en la gran metáfora del poder mexicano, la quintaesencia del cacique y del absolutismo presidencial, el modo de ser de la presidencia autoritaria, el estilo del poder mexicano” (Campbell, 2014a: 119). Esta idea sostiene también la debilidad de carácter de Medina, que no puede evitar acabar siendo un ejecutor del discurso de la oficialidad e incluso difamar a su padre putativo.

La extraña relación entre la prensa y el poder

Bruno encarna la dependencia de los medios al poder –dependencia marcada por la autocensura por elección–. Bien por temor, bien por el mismo cansancio que el oficio crea en los reporteros mal pagados, la mayoría optaba por restringir y matizar sus opiniones políticas, sobre todo si partimos del hecho

⁷ Según Campbell, Juan Rulfo era uno de los autores a los que más debía. De hecho, compiló ensayos sobre la obra de este autor en el libro (Campbell, 2003).

de que el beneficio y el provecho personal caracterizaron los estándares periodísticos de la época y que eran los periodistas (y empresarios de la prensa) quienes adoptaban el silencio para conseguir la aprobación y las prebendas gubernamentales. Explica Rodríguez Munguía: “En muchos casos no fue necesaria la cooptación, la presión, el control del papel o la publicidad; que en muchos casos los dueños de los medios y los mismos periodistas asumieron las decisiones del poder como suyas, optando por la conveniencia antes que la responsabilidad ética” (2007: 10). Dentro de este sistema de sobre entendidos y realidades calladas, se mueve *El Excelsior de Scherer* y todas sus paradojas. Tanto *Los periodistas* como *Pretextas* retratan la dificultad, tanto para reporteros como para directores, de realizar un periodismo independiente. El tema de fondo es un dilema moral: ¿cómo ser un periodista incorrupto en México? Por eso ambas novelas exponen que el mismo sistema —ya institucionalizado— coartaba la libertad de prensa y la prensa optaba por dejarse comprar. Como ha explicado el estudioso de la prensa Arno Buckholder: “Así como la clase política se disciplinó y pudo compartir el poder en lugar de usar las armas, los medios comprendieron que había una marca que no podían atravesar, y que si permanecían cercanos al poder podrían gozar de amplios privilegios” (2016: 326). Esa limitación tácita e incómoda ha estigmatizado al periodismo mexicano, y los intentos por salirse han acabado, en el mejor de los casos, como el golpe a *Excelsior*.

Para poder dirigir es forzoso controlar los medios y vigilar la opinión pública.

Ya lo han sabido desde hace muchos sexenios los gobernantes de México: se gobierna con los periódicos (aunque su tiraje sea mínimo: un poco más de dos millones diariamente en toda la República), se consigue aparentemente gobernabilidad a través de la radio y la televisión, se fabrica una “verdad”, una “realidad”, un “candidato presidencial” con los medios que, en el caso mexicano, más que de información son de gobernación (Campbell, 2014a: 133).

El poder necesita de la prensa para legitimarse frente a los ciudadanos. De ahí su preocupación por controlar todas las vías de difusión. Además, sobrevive a través de los medios. Ya lo había diagnosticado Federico Campbell: “Tanto en el sentido político como en el militar y el comercial, la información es una de las formas en que el poder se manifiesta y procura preservar su ser” (Campbell, 2014a: 133).

Ser periodista en México

Leñero comienza su crónica ficcional preguntándose acerca de las posibilidades de ser periodista en un país donde el soborno y la cooptación (en forma de

privilegios y regalos) es una práctica común y validada en la prensa. Por ello alude al caso de uno de los colaboradores de *Excélsior*: “(Manuel) Mejido era dueño de una empresa fumigadora en el centro de la República y estaba construyendo en el Pedregal de San Ángel una residencia de millones de pesos. ¿Cómo había logrado amasar esa fortuna un simple reportero de periódico?” (Leñero, 2015: 82). La única explicación plausible era que disponía de una segunda y más lucrativa fuente de ingresos. Al fin de cuentas, concluye Leñero, no se trata de un problema sólo del periodismo sino de la estructura completa de México, donde la ilegalidad y la corrupción son monedas de cambio: “No me digas que porque un pinche reportero de la fuente agarra su embute mensual ya se chingó el país. El país ya se chingó hace mucho, y el problema de la prensa es un problema de capacidad profesional no de catecismo” (Leñero, 2015: 30). Pero es en el periodismo, profesión que exige cierto compromiso ético, donde se manifiesta con mayor certeza la descomposición del país. Y es tal la dificultad de realizar un periodismo ya no disidente sino simplemente libre, que la misma profesión elimina su validez. Campbell declaró:

Hay algo en la actividad periodística mexicana que podría reconocerse como una insatisfacción de fondo, no muy común en otras profesiones [...]. En el periodismo, paradójicamente, un signo de éxito a mitad del camino –hacia los 40 años, por ejemplo– consiste en abandonar el trabajo de reportero, dejar de ser periodista, no continuar siéndolo (2016: 231).

Otra de las preocupaciones campbellianas, y que reitera en varios de sus libros, es la inutilidad en la que cae el periodismo en México al no tener repercusión en la sociedad civil, porque nadie lee o no le importa o bien no hace nada. Así, el periodista

experimenta una suerte de melancolía profesional: tiene la sensación de que sus reportajes, por valientes que sean y documentados que estén, no pasan de ser rayas en el agua: piedras de Sísifo que suben y suben y vuelven a subir sin llegar nunca a la cima, volviendo al principio, al pie de la cuesta. Resultan ociosos e inútiles (Campbell, 2016: 231).

En último término, la actividad periodística es una forma de arriesgar a la persona y la familia. Desde la perspectiva de ambos autores, el periodismo cae en el sinsentido porque carece de efecto real. “No cuajan ni en la sociedad civil ni en la sociedad política. No se convierten, en serio, en un acontecimiento del México civil” (Campbell, 2016: 231).

Vicente Leñero consideró que la profesión de periodista es casi una esclavitud, por estar sometida a la dictadura del presente.

Con el peso del mundo en las espaldas, es decir: cargado de problemas, con un trabajo enorme, por delante todos los días del año porque todos los días, y a todas horas, se producen noticias que es necesario descubrir, ganar, recoger de las

fuentes, arrebatar al enemigo o sobre todo provocar si se desea competir en este mercado de la prensa donde todo se mide (2015: 15).

Por su parte, para Federico Campbell, el periodista de pronto es sólo un eco: “no sirve nada más que para ser un transmisor, un organizador de frases e ideas ajenas, al servicio de la comunidad y del poder, un correveidile” (Campbell, 2016: 229). Aunque Leñero y Campbell fueron críticos con la actividad periodística, la combinaron exitosamente con la literaria durante años. Claro que, como se ha dicho arriba, ambos la abandonaron después de los 40 y sólo mantuvieron columnas semanales o mensuales.

Los discursos del poder

El golpe a *Excélsior* significó un parteaguas en el periodismo mexicano, no sólo porque fue un enfrentamiento directo con la política de canonjías del gobierno, sino porque produjo el establecimiento de publicaciones cuya ambición de origen era la crítica: en primer lugar *Proceso* (su número uno apareció el 6 de noviembre de 1976), pero también *Unomásuno* (fundado por Manuel Becerra Acosta, hijo) en 1977, y más tarde, en 1984, *La Jornada*. Dentro de este contexto represivo y violento, el *golpe* adquiere valor simbólico, ya que sus consecuencias, es decir, las acciones posteriores de Scherer y su grupo, se convierten en actos de disidencia.

Tanto *Los periodistas* como *Pretextos* son claves para entender las prácticas políticas de los gobiernos de Echeverría y López Portillo, pues revelan cómo la prensa gestionaba los sucesos que refería mientras intentaba mantener una relación (tirante, pero estable) con el gobierno. Así pues, estas representaciones literarias construyen una memoria social alterna y realizan un enfrentamiento directo con los discursos del poder.

Bibliografía

- Anónimo (1973), *¡El móndrigo! Bitácora del Consejo Nacional de Huelga*, Alba Roja, México.
- Aguirre, Efrén (1973), *El Excélsior de Scherer (s/e)*, México.
- Buckholder, Arno (2016), *La red de los espejos. Una historia del diario Excélsior 1916-1976*, Fondo de Cultura Económica (FCE), México.
- Campbell, Federico (2001), *La clave morse*, Alfaguara, México.
- (2003), “Prólogo”, en *La ficción de la memoria. Juan Rulfo ante la crítica*, Era, México.

- _____ (2007), *Post scriptum triste*, Ediciones Sin Nombre, México.
- _____ (2014), *Pretexta o el cronista enmascarado*, FCE, México.
- _____ (2014a), *La era de la criminalidad*, FCE, México.
- _____ (2014b), *Padre y memoria*, Mondadori, México.
- _____ (2016), *Periodismo escrito*, Dirección General de Publicaciones, México.
- Campos, Marco Antonio (1979), “Campbell y Pretexta: dobles y rompecabezas”, en *Proceso*, 17 de noviembre.
- Corona, Ignacio (2000), “Periodismo, sociedad civil y discurso contestatario en ‘Los periodistas’ de Vicente Leñero”, en *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, núm. 4, pp. 23-42.
- Leñero, Vicente (2007), “Treinta y cinco años alrededor de Julio”, en Scherer, Salgar, Clóvis Rossi, Sábat (edit.), *Premio homenaje Cemex-FNPI*, FCE / Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, México.
- _____ (2015), *Los periodistas*, Seix Barral, México.
- _____ , y Óscar Chávez (2006), “El corrido a *Excélsior*”, en *Proceso*, 5 de noviembre, México.
- López Vargas, Teseo (2016), “Algunos apuntes sobre el periodismo mexicano”, en *El Cotidiano*, núm. 195, enero-febrero, México.
- Martínez Gutiérrez, J. Tomas (2015), “La memoria y los lenguajes del poder en dos novelas políticas de finales del siglo XX: ‘Pretexta’, de Federico Campbell, y ‘Guerra en el paraíso’, de Carlos Montemayor”, en tesis de doctorado, UNAM, México.
- Navarrete, Alejandro (2013), “Cables Kissinger. La trama del golpe a *Excélsior*”, en *Proceso*, 14 de abril.
- Redacción (2003), “Nuevas evidencias del golpe de Echeverría contra *Excélsior*”, en *Proceso*, 17 de septiembre.
- Rodríguez Munguía, Jacinto (2007), *La otra guerra secreta. Los archivos prohibidos de la prensa y el poder*, Mondadori, México.
- Scherer, Julio (2007), *La tercera memoria*, Grijalbo, México.
- _____ , y Carlos Monsiváis (2003), *Tiempo de saber: prensa y poder en México*, Aguilar, México.
- Seong, Yu Jin (2013), “La imagen del poder en *Pretexta o el cronista enmascarado*, de Federico Campbell”, en *Sincronía, Revista de filosofía y letras*, año XVII, núm. 63, enero- junio, México.
- Tasso, Pablo (2016), “Días de narrar. La prosa oficial de 1968”, en *Historia Mexicana*, vol. LXVI, núm. 2.

CIENCIA, CONCIENCIA Y ESPIRITUALIDAD PARA LA PAZ

*Juventina Salgado Román**
*Ma. de los Ángeles Silvina Manzano Añorve***

Introducción

Hoy asistimos a crisis agudas en los diferentes campos de la vida del planeta; éstas llevan a los científicos a cuestionar y repensar el carácter reduccionista de la ciencia y de sus métodos, por cuanto dejan de lado dimensiones relevantes del conocimiento, entre éstas la espiritualidad, cuya inclusión conduciría hacia una ciencia equilibrada e integral. Concordantemente supondría una comprensión holística del hombre, es decir, del carácter ontológico que nos es inherente como especie, ya que más allá de las diferencias individuales, raciales o genéricas, compartimos la misma naturaleza fundamental que nos hermana; sin embargo, carecemos de esa visión. “Empujados por la codicia

* Docente investigadora del Posgrado en Humanidades de la Unidad Académica de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Guerrero (UAGro), México.

** Docente investigadora del Posgrado en Humanidades de la Unidad Académica de Filosofía y Letras de la UAGro, México.

e ignorantes de su conexión con el todo, los seres humanos insisten en un comportamiento que, de continuar desbocado, provocará nuestra propia destrucción” (Tolle, 2005: 8).

En el mundo medieval aún existía la percepción de una totalidad integrada; pero alrededor de 1700 el universo comienza a ser visto como inorgánico e inerte, y a ser explicado como miríadas de ciegas fuerzas mecánicas; y el hombre comienza a sentirse divorciado por completo de la naturaleza. Éstas son las bases de la ciencia moderna: el universo concebido como mera materia y energía física –la *res extensa* de Descartes– se volvió su campo de estudio; mientras que el alma individual y el espíritu –el “yo” cartesiano– se volvieron asunto exclusivo de la Iglesia. Esta visión todavía prevalece, sostenida por los principios del mecanicismo y reduccionismo científicos, que todo lo explican. La cultura occidental todavía se enorgullece de su científicismo, el cual supone que no existe otra realidad que la visible, tangible y medible; por eso en esta civilización predomina el racionalismo instrumental, el cual considera que el conocimiento científico es el único válido, y por consiguiente niega la existencia de una sabiduría o conciencia intuitiva.

Del reduccionismo científico al pluralismo

Talbot (2007) sugiere que si bien la ciencia es la mejor herramienta que hasta ahora hemos tenido para acceder al conocimiento, todavía no es capaz de abrirse a campos metafísicos y espirituales; requiere de una reestructuración para dar cuenta de la complejidad de la realidad, y para eso necesita aceptar la existencia de los fenómenos espirituales y psíquicos. El Dalai Lama (2007: 23) señala que los principales problemas que se derivan del materialismo científico son dos: una estrecha percepción de la realidad, y el nihilismo que de ésta resulta. Desde una perspectiva filosófica y especialmente humanista, el materialismo y el reduccionismo conducen a un muy debatible empobrecimiento de la comprensión de nosotros mismos como especie. El Dalai Lama dice, por ejemplo, que el mero hecho de considerarnos seres nacidos al azar, o bien como seres especiales dotados de conciencia y moral, incidirá en la manera como nos concebimos a nosotros mismos y percibimos a los demás.

La configuración histórica de la ciencia moderna, sustentada en la visión predominantemente materialista, no sólo se nutre de los fundamentos filosóficos que nos han conducido a una percepción mecanicista y fragmentada de la realidad; además, la ciencia moderna se basa en una metodología inevitablemente reduccionista. Sus fundamentos filosóficos han tejido una trama por demás compleja, la cual constituye el pensamiento occidental –un pensamiento para el que la materia aparece como fundamento de toda realidad.

De ahí que el principio de *incertidumbre* de Heisenberg (Lindley, 2008: 9) haya sido tan perturbador: evidenciaba la debilidad de los fundamentos de la ciencia, porque su planteamiento suponía no sólo comprender las leyes de la naturaleza desde una perspectiva diferente sino también implicaba plantear una manera distinta de comprenderla; “su principio de la incertidumbre concernía al acto más elemental de la ciencia: ¿cómo adquirimos el conocimiento acerca del mundo, la clase de conocimiento que podemos someter al análisis científico?”. Su hallazgo consistió en que se pueden medir la velocidad o la posición de una partícula, pero no ambas al mismo tiempo.

Si como lo ha demostrado la misma ciencia con sus más recientes hallazgos dentro del campo de la física, no existe separación entre el objeto observado y el observador, sino que ambos se ven afectados por la conciencia del segundo –“o de forma más indirecta y menos obvia: el acto de observar cambia la cosa observada” (Lindley, 2008: 10)–, entonces el objetivismo en el proceso de conocer no es lo que se ha creído por mucho tiempo, un evento aislado de la conciencia, sino experiencias donde el conocedor tiene un papel fundamental. “Pero siempre debemos tener en cuenta la advertencia de Bohm de que las etiquetas conceptuales que utilizamos para analizar semánticamente el universo son invención nuestra. No existen ‘ahí fuera’, porque ‘ahí fuera’ es únicamente el todo indivisible” (Talbot, 2007: 348).

La visión objetivista o mecanicista, que nació de las disciplinas de la física, en el siglo XIX fue el modelo dominante de la ciencia; desde distintos campos se describía al mundo natural como una máquina que si bien era compleja, también era infaliblemente previsible, determinada. Todas las ciencias se atenían al modelo de la física y aspiraban al ideal que ésta ofrecía: la reducción de toda realidad a números, para luego hallar leyes matemáticas que articularan tales números con un modelo ineludible. David Lindley (2008) señala que si los científicos se sentían alguna vez intimidados por sus propias ambiciones, se debía a la notable complejidad de la máquina que pretendían analizar: quizá sus mentes no eran un instrumento adecuado para examinar las vastas leyes de la naturaleza; probablemente enunciaban sus leyes sólo para percatarse de que carecían de la capacidad analítica para dimensionar las implicaciones. Pero si el método científico era endeble, eso no significaba que la naturaleza fuera impenetrable: si la mente humana se mostraba incapaz de explicarla, eso se debía a su percepción deliberadamente reduccionista.

Michael Talbot (2007) sugiere que la ciencia debe reemplazar el exacerbado objetivismo por investigaciones más participativas; a fin de cuentas se ha encontrado que la conciencia influye en el objeto investigado y, además, en un universo holográfico es inevitable la separación. Esto llevará a los científicos a pasar de meros observadores a experimentadores cuya experiencia seguramente los transformará; algunos ya lo están viviendo al involucrarse

directamente, por ejemplo, en las investigaciones de Experiencias Cercanas a la Muerte (ECM), o en las Experiencias Fuera del Cuerpo (EFC). Talbot señala que el investigador debe buscar técnicas para experimentar él mismo, en lugar de sólo tomar notas.

Concordantemente, Ken Wilber (2003), retomando a San Buenaventura, hace aportes importantes que echan por tierra el reduccionismo científico; argumenta que es posible acceder a las tres esferas del conocimiento —empírica, racional y contemplativa— ampliando la perspectiva metodológica y trascendiendo el reduccionismo. El debate fundamental, según Wilber, se centra en la pregunta: ¿empíricamente se puede validar el conocimiento místico, las verdades psicológicas y espirituales? Para responder a esta cuestión, primero es importante comprender la naturaleza de los tres tipos de conocimiento —el empírico, el filosófico y el de la esencia espiritual— así como sus relaciones, porque los tres pertenecen a campos bien diferenciados.

La propuesta de San Buenaventura ya tenía el antecedente del místico Hugo de San Víctor, quien estableció diferencias entre *cogitatio* (cognición empírica del mundo material mediante el ojo de la carne), *meditatio* (las verdades percibidas por el ojo de la mente, y *contemplatio* (el conocimiento de lo trascendente, al que se accede por el ojo de la contemplación). Pese a que estos términos se emplean desde la perspectiva cristiana, existe una concordancia con otras tradiciones psicológicas, filosóficas y religiosas. Estos tres ojos del conocimiento se corresponden con las propuestas de *La filosofía perenne* (Huxley, 2000) con respecto a los tres dominios del Ser: el carnal o material; el mental o anímico, y el trascendente o contemplativo.

El reduccionismo científico en que degeneró la ciencia, al no poder explicar otras realidades de naturaleza sutil, lo llevó a relegarlas. Sin embargo, a esta limitada epistemología se opone el pluralismo epistemológico, que abre horizontes más allá de los campos fenomenológicos. Es precisamente Ken Wilber quien lo plantea, recuperando los fundamentos principalmente de la tradición mística, en la que figuran San Buenaventura y Hugo de San Víctor, quienes sostenían que el ser humano cuenta con un ojo de la carne, uno de la mente y otro de la contemplación. Tres maneras de conocer que se corresponden con tres dimensiones: la ordinaria, la sutil y la causal. Ésta es la afirmación más contundente del pluralismo epistemológico: niega que sólo exista una manera de conocer; por el contrario, reconoce que estas tres formas de conocimiento son igual de válidas e importantes, pero cada una en su propio ámbito.

Para integrar a la ciencia con otros saberes, se sugiere considerar lo mejor de la sabiduría premoderna para combinarlo con lo más brillante del conocimiento moderno. Si la modernidad admitiera las diferentes formas del conocimiento, podría haber una relación armónica entre objetividad y subjetividad. El problema no es cómo integrar los diferentes campos del conocimiento, sino que la modernidad no admite la existencia de realidades que su

método reduccionista no puede explicar. Sin embargo, cuanto más se adentra la ciencia en lo físico, más descubre que su indagación requiere otro tipo de inteligencia; paradójicamente ella misma, forzada por sus descubrimientos, apunta hacia una realidad de orden superior; sus mismos hallazgos sugieren la importancia de atender los asuntos humanos que por mucho tiempo relegó. Desde la perspectiva del pluralismo epistemológico, la ciencia está incompleta porque no incorpora la conciencia del observador; los descubrimientos científicos son muy importantes cuando se utilizan para el bienestar humano, pero no cuando se emplean para atentar contra la vida; de ahí la relevancia de que la conciencia de la unidad trascienda el egocentrismo, pues el problema no es el conocimiento sino cómo se ejerce.

Hay un acentuado desfase entre el desarrollo de la ciencia y los niveles de la conciencia humana, justamente porque se privilegia el desarrollo tecnológico externo y material, en oposición al mundo interno de vida. Si bien es importante el desarrollo de la ciencia y la tecnología, necesitamos ser coherentes con los supremos valores de compasión y amor, capaces de restablecer un equilibrio armónico entre nosotros y la naturaleza; para eso requerimos conocer nuestra naturaleza interna a partir de una nueva visión que integre y no que separe, porque hasta ahora “todos o parte de los actores violentos, en muchas ocasiones enfrentados entre sí, continúan teniendo un peso muy fuerte” (Morales, 2008).

Fritjof Capra (1998: 269) señala que la visión mecanicista de Descartes ha tenido enorme influencia en las ciencias y en la forma de pensar del ser humano; la tendencia a fragmentar y reducir los fenómenos –cuya vasta y sutil complejidad o unidad es inabarcable– a sus supuestos elementos constitutivos, es decir, a sus “partes”, y a indagar los mecanismos mediante los cuales se generan sus interacciones “externas”, ha sido fuertemente condicionada por la cultura occidental, que a menudo la considera el único posible método científico. De manera que los conceptos, opiniones e ideas que no concordaban con los principios de la ciencia clásica eran relegados y menospreciados. “A consecuencia del abrumador énfasis puesto en la ciencia reduccionista, nuestra cultura se ha vuelto cada vez más fragmentaria y ha creado tecnologías, instituciones y modos de vida que son profundamente insanos” (Capra, 1998: 269). Evidentemente, en esas formas de vida insanas se sitúan tanto el ejercicio de la violencia como la pretensión de erradicarla a través de conductas reactivas y defensivas; ambas actitudes expresan una percepción distorsionada de la realidad, sustentada por el reduccionismo científico.

¿Cómo puede haber una parcela para el desarrollo espiritual en un mundo en el que espíritu no cuenta? Los científicos se obcecán en llevarnos a la nada, en convertirnos en monos que han alcanzado el estatus de superhombres. Y ser superhombre exige estar por encima del hombre. Nos educan en un sistema competitivo, en el que si no vences eres el vencido (Martínez, 2008: 29).

Algunos pensadores sostienen que como humanidad nos espera un futuro incierto y preñado de violencia, si no se logra la reconciliación entre ciencia y conciencia. Dice Ken Wilber (1998) que es apremiante la reconciliación entre ciencia y religión; por supuesto, a esta última la entiende en el sentido de *religare*, de una reunificación, y no como doctrina dogmática de dominación. Desde esta perspectiva se sugiere que urge encontrar un núcleo común a las grandes tradiciones; de lo contrario no habrá reconciliación entre ciencia y las dimensiones trascendentes del ser humano. Ese núcleo común consiste en la naturaleza esencial que compartimos y que nos hace semejantes, más allá de las diferencias superficiales de raza, color o creencias. Eckhart Tollenos dice al respecto:

La ciencia y la tecnología han amplificado el impacto destructivo ejercido por la disfunción de la mente humana sobre el planeta, sobre otras formas de vida y sobre los mismos seres humanos. Es por eso que la historia del siglo veinte es la que permite reconocer más claramente esa locura colectiva. Otro de los factores es que esta disfunción se está acelerando e intensificando (Tolle, 2005: 7).

Los avances tecnológicos y los nuevos descubrimientos científicos son importantes, pero pierden todo sentido cuando son usados para generar violencia y destrucción; por eso es crucial la experiencia interna, más allá del progreso social y económico; necesitamos expandir la conciencia e impulsar su evolución, para generar valores universales, orientados hacia la unificación y construcción de una cultura de paz, cuyo punto primordial se encuentra en el mundo interno del sujeto, sustentado en su propia naturaleza trascendente y divina.

Lo opuesto a la cultura de paz es la cultura de violencia. Por ello, toda cultura de paz debe comenzar por desenmascarar la cultura de violencia, encontrando los mecanismos culturales que justifican la violencia y la hacen ver como algo natural e inevitable. Al hablar de cultura de paz y cultura de violencia se asume que ni la guerra ni la violencia son connaturales al ser humano (Jiménez, 2012: 33).

La ciencia tiene problemas justamente porque le faltan los fundamentos metafísicos desde que asumió los supuestos del materialismo y la razón instrumental, relegando la subjetividad trascendente del Hombre y su naturaleza ontológica. La emergente conciencia de la humanidad reclama la reconstrucción de la ciencia sobre una base metafísica, porque hasta ahora no conecta con aspectos de la experiencia humana. La espiritualidad ha sido una dimensión que se encuentra presente en distintas tradiciones místicas de diferentes sociedades; ninguna ha podido erradicar el anhelo de contactar con algo superior. La transformación de nuestra visión del mundo plantea un nuevo paradigma; dicha visión se caracteriza porque va de la fragmentación, competencia y separación a la unidad, cooperación y totalidad; de la autoridad externa a la interna; del autocontrol a la verdad esencial. El Dalai Lama

dice que la ciencia y la espiritualidad poseen aproximaciones analíticas diferentes, aunque ambas tienen como fin último la indagación de la verdad. “Es más, por medio del diálogo entre las dos disciplinas, espero que tanto la ciencia como la espiritualidad puedan llegar a ofrecer un servicio a las necesidades y al bienestar de la humanidad” (Dalai, 2007: 15).

La paz no se consigue con violencia

Las guerras –y toda la violencia y el sufrimiento que éstas generan– no se acaban por decretos o propagandas antibélicas; lo harán sólo cuando las extirpemos desde su raíz en la conciencia humana. Aun cuando sus manifestaciones no sean precisamente batallas militares, siempre existen grupos sociales o incluso individuos aislados que están comprometidos con alguna forma de beligerancia. Todavía predomina el viejo paradigma que sostiene que la paz se consigue mediante prácticas violentas; en otras palabras, se pretende acabar con ésta ejerciéndola; sin embargo, como dice Galtung (2003), la paz sólo se puede lograr por medios pacíficos.

Esta forma distorsionada de percibir y experimentar la vida nos está trayendo graves consecuencias, pues sólo generamos más violencia en lugar de construir relaciones de concordia, respeto y armonía; pretendemos producir la paz *forzándola*, por reacción y no por *acción*, no como expresión natural de lo que es inherente al hombre. Como señala Maslow (2001), las personas portamos de manera natural el valor supremo; todos tendemos hacia la evolución y perfección, para ser plenos. El amor y la compasión hacia los demás y a la vida misma en cualquiera de sus formas, han dejado de ser los valores supremos que civilizaciones ancestrales postulaban; en su lugar practicamos aquellos que nos dividen como especie y nos separan de las demás. Aunque muchas personas siguen creyendo que los conflictos se resuelven con violencia, hoy esa creencia ha aminorado y se piensa más en términos de paz que de guerra; hay quienes ya muestran interés por las experiencias internas y sostienen que para evitar la guerra tenemos que empezar por nuestro propio desarme interior.

Pero de una manera acorde con el paradigma occidental, la mayoría continúa reproduciendo las conductas reactivas, mecánicas, de la conciencia egocéntrica, la cual asume como relevantes los prejuicios raciales, culturales y religiosos. Nos encontramos en un nivel de conciencia muy elemental; aún damos por sentado que el universo no es más que indiferente y caótica materia; concordantemente, buscamos la paz disociando, peleando y confrontando. Todavía a muchos les parece utópico cambiar la realidad desde nuestra propia conciencia; sin embargo, salta ya a los ojos que la paz no se consigue con más violencia. Incluso la ciencia está haciendo aportes que nos ayudan

a comprender la importancia de transformarnos interiormente para cambiar el mundo; y la sabiduría ancestral está emergiendo con fuerza, a tal punto que camina ya de la mano con la misma ciencia. Entonces ¿cómo podemos generar una filosofía y una cultura de paz? A través de una revolución, sí, pero interior, que nos conduzca a la percepción de una humanidad integrada y hermanada por lazos esencialmente indisolubles. Krishnamurti señala que este problema no se resolverá mientras continuemos percibiéndonos fragmentados, sino hasta que comprendamos “que cada uno de nosotros, como ser humano, es toda la humanidad” (1996: 185-186).

Con esa premisa es importante definir qué entendemos por paz, aunque el término haya sido por demás manoseado en los años recientes. Escribe Saidi Ahuerma: “Paz en la tierra, dice el hombre y se refiere o cree referirse a la paz de vecinos, al hecho de no agredirse materialmente los unos a los otros” (1992: 11). Sin embargo, la paz es algo más profundo y trascendente, algo que le compete directamente al individuo; éste debe procurar en primera instancia aquella paz interna que supone la ausencia de conflicto interior, la quietud de su ser, para producir orden. De acuerdo con este pensador, cuando el ser humano se debate en su inquietud derrocha grandes cantidades de energía que lo conducen al sufrimiento; no tiene paz y, en consecuencia, tampoco la encontrará en su entorno; de ahí que lo primero que el ser humano debe procurar es su propia paz interior antes que la exterior. De manera que cada paso que dé hacia su quietud interna lo aproximará a su ser y a la paz en su alma y en su corazón.

Thich Nhat Hanh es uno de los grandes místicos contemporáneos que también sugiere que sólo podemos lograr la paz a partir del autoconocimiento y a través de la práctica de la meditación. En este mismo sentido escribió su libro *La paz está en cada paso* (2000). Él puntualiza la importancia de centrarse en el presente y sugiere la disciplina meditativa para conseguir la paz. Nos dice al respecto:

y cuando te sientas tan descansado como el guijarro que ha alcanzado el lecho del río, ese será el punto en el que encontrarás tu propio descanso. Ya no te sientes empujado ni atraído por ninguna otra cosa; sabes que si no puedes encontrar alegría y paz en ese preciso instante, el futuro fluirá como fluye el río, no podrás retroceder, serás incapaz de vivir el futuro, cuando ese futuro sea ya el presente. La alegría y la paz sólo son posibles en ese preciso instante y si no las hallas aquí no las encontrarás en ningún otro lugar (Nhat, 2003: 79-80).

En su libro *El Sol, Mi Corazón* (Nhat, 1999: 72-73), señala que la compasión por los demás es el origen de la reconciliación y que de ese sentimiento emergen los movimientos pacifistas. Él sostiene que incluso si somos afortunados podemos encontrarnos con quienes extienden la compasión hacia los animales y son incapaces de matar incluso a los insectos; en consecuencia no matarían

a otro ser de la misma especie; por el contrario, hacen todo lo posible para ayudar a quienes padecen hambre, enfermedad o cualquier otra situación de opresión. “Por lo menos, estas personas, han comprendido como mínimo la naturaleza interdependiente de la vida” (Nhat, 1999: 73).

El ejercicio de la violencia expresa valores que no se practican por decreto sino por una percepción distorsionada de la realidad; manifiesta una visión fragmentada del mundo. Por eso los valores que hoy practicamos son dañinos e impiden un saludable desarrollo humano y espiritual; de ahí la importancia de plantearnos valores nuevos que permitan relaciones sociales y planetarias de concordia, donde todos podamos coexistir y convivir como una sola familia. Los valores esenciales tienen como base la espiritualidad, entendida como un estado del ser en que somos conscientes de la unidad sin fisuras de todo lo que existe; ello supone una reintegración con los diversos niveles de la totalidad, la disolución de la coraza agresiva y defensiva del yo.

Cierto, parece haber una tendencia hacia un marcado narcisismo e individualismo, un creciente afán consumista de bienes materiales y psicológicamente satisfactorios, como el éxito, el prestigio y demás; sin embargo, hoy asistimos igualmente a cambios significativos de conciencia que nos están conduciendo a replantearnos lo que hasta ahora hemos entendido por ciencia, expandiendo sus horizontes hacia una perspectiva incluyente y pluralista; asimismo es cada vez mayor nuestro interés por desplegar dimensiones subjetivas, concretamente la espiritualidad, sustentados por teorías de frontera y por la antigua sabiduría de la filosofía perenne. Por ejemplo, el mismo Ken Wilber (1998) plantea la necesidad de reconciliar ciencia y religión, con miras a recuperar las dimensiones objetiva y subjetiva de los diferentes niveles de la totalidad. El nuevo paradigma integral sugiere que ambas visiones son expresiones de orden superior de la realidad e interdependientes; dicho paradigma se sostiene en la idea de que la divina base de toda existencia es un absoluto espiritual y reconoce una realidad trascendente en el mundo de las cosas, las vidas y las mentes, cuya esencia se encuentra en todo el cosmos.

La ciencia vanguardista está demostrando que el universo es una totalidad indivisible que da significado a las partes, y que tal unidad es su principio básico. De hecho, separación y totalidad son asuntos de perspectiva; todo está en la mente. El planeta es uno solo: sus especies, nosotros incluidos, son partes constitutivas de él. Tal comprensión supone trastocar profundamente la subjetividad mediante la experimentación directa del mundo interno. “Si bien el anhelo de mejorar y de ser buenos es un propósito elevado y encomiable, es un empeño condenado al fracaso a menos de que haya un cambio de conciencia” (Tolle, 2005: 8).

Son abundantes las evidencias de la unidad e interconexión del universo que conocemos en dos sentidos: a través del mundo físico externo, objetivo, y desde nuestra interioridad, es decir, a través de nosotros mismos. Gracias a

los avances científicos y tecnológicos, vivimos una época privilegiada: tenemos acceso a todas las culturas pasadas y presentes como nunca antes, y a medida que avanzamos hacia una conciencia integral, el ser humano tiene la posibilidad de acceder a la totalidad: a la sabiduría, al conocimiento ya la tecnología como aspectos diferentes de la realidad pero constitutivos de ésta. Es de esa manera que comienzan a integrarse los distintos campos y ecosistemas de la vida, incluyéndonos a nosotros mismos como parte de la misma naturaleza. “Existe de hecho una urgente necesidad de un cambio fundamental de paradigma que permita integrar, en un todo coherente y lógico, el creciente flujo de conocimientos revolucionarios procedentes de las más diversas disciplinas” (Diesbach, 2001: 19).

Actualmente la visión de totalidad e integración es abrazada por diversidad de personas de diferentes creencias, colores, denominaciones, razas y culturas. El proceso de reconocer la existencia de conocimientos interiores y de realidades superiores no está libre de controversias; sin embargo, se está generalizando la comprensión de que necesitamos una psicología orientada a identificar las condiciones en que la gente pueda aprender a amarse a sí misma y a los demás; se está comenzando a comprender la importancia de no lastimar a otras personas ni a las demás formas de vida. La ciencia integrada a la conciencia posibilitará el conocimiento no sólo del mundo externo y de las leyes físicas, sino también de nuestra interioridad, campo que nos develará la unidad con nuestros semejantes y con otras especies, de manera que el respeto, la dignidad, la concordia y la compasión puedan ser valores universales que atraviesen todas las etapas de nuestra vida como parte esencial de la condición humana.

Si bien, asistimos a problemáticas sociales que demandan soluciones prácticas, estas últimas son consecuencia de la conciencia, por eso es crucial revolucionarla a través del autoconocimiento; saber quiénes somos significa saber también quiénes son los demás. “No podemos llegar a ser buenos esforzándonos por serlo sino encontrando la bondad que mora en nosotros para dejarla salir. Pero ella podrá aflorar únicamente si se produce un cambio fundamental en el estado de conciencia” (Tolle, 2005: 8). Entonces sabremos que no estamos separados y que las diferencias son irrelevantes frente a la grandeza que nos une; sabremos también que somos capaces de corregir y reencaminar los pasos equivocados que hemos dado y que nuestra participación es crucial en esta red orgánica de la que formamos parte. Además la perspectiva holográfica del universo nos está ayudando a comprender que cualquier acción que emprendamos afectará a la realidad, que por cierto es mucho más grande y trascendente de lo que parece; hay muchas cosas intangibles que sin embargo son reales: podemos ver o experimentar sus efectos en nosotros, objetiva y subjetivamente.

Las crisis a las que hoy asistimos suelen agudizarse a tal punto que nos obligan a replantear las bases de nuestra propia existencia en este planeta; de

ahí que los asuntos humanos —como los valores y la paz— estén llamando fuertemente nuestra atención, sobre todo para ser estudiados desde perspectivas alternativas al paradigma prevaleciente. En este contexto, los científicos de frontera sugieren que no podemos cambiar el mundo que nos rodea si no cambiamos antes nuestra percepción; es imprescindible una nueva conciencia de las cosas, experimentar internamente un proceso transformador que conduzca a la comprensión de una realidad interconectada, dinámica y holográfica.

Hoy asistimos a cambios verdaderamente importantes; cada vez son más quienes asumen una visión integral, y cada vez más personas se declaran partidarias de la paz y el amor universales. Los medios de comunicación divulgan a diario las noticias más dramáticas, pero ignoran lo que está sucediendo en las dimensiones subjetivas de los seres humanos. Algo importante sucede en el planeta; una evolución de conciencia ha comenzado a poner en su lugar al yo convencional defensivo y reactivo, y a integrar al Ser. “Un porcentaje todavía relativamente pequeño pero cada vez más grande de personas ya está experimentando en su interior el colapso de los viejos patrones egotistas de la mente y el despertar de una nueva dimensión de la conciencia” (Tolle, 2005: 12).

Están surgiendo agrupaciones con propuestas y proyectos encaminados a establecer estilos de vida cooperativos y compasivos, con un sentimiento más profundo de interconexión y hermandad; se están fundando eco-aldeas, comunidades de colaboración en lugar de la destructiva competencia. De esa manera pasamos del ego-yo al Eco-yo. No es lo mismo pensar en la muerte de la biosfera que pensar en nuestra propia muerte; cuando nos asumimos todos como Uno, entonces cambia nuestra perspectiva. La nueva ciencia cuestiona los supuestos de un yo separado y sugiere que al asumir la totalidad no perdemos nuestra identidad; por el contrario, la recuperamos en una dimensión más profunda y esencial del Ser, pues despertar a la totalidad significa el despertar del verdadero Yo, donde el mundo aparece como uno mismo.

Cuanta más gente tome conciencia, y cuánto más sepamos qué es lo que promueve este despertar interior, más favorable se mostrará el entorno social, y más propicio a que un número cada vez mayor de personas asista al despertar de su conciencia, incluso con mayor rapidez; lo cual a su vez, facilita que un número creciente de individuos sufra una transformación de la conciencia. El resultado final bien podría ser un salto colectivo de la conciencia (Russell, 2000: 27).

Distintas disciplinas están aportando sus hallazgos para asegurar que no somos partículas aisladas e independientes, y que no actuamos mecánicamente, determinados por fuerzas externas a nosotros; por el contrario, somos sujetos creadores de las circunstancias, con capacidad de elección para asumir la responsabilidad universal como seres que co-creamos nuestras realidades desde la propia subjetividad en concordancia con las demás. Por eso se trata de despertar a una conciencia que valore a los otros tanto como a uno

mismo; a una conciencia no beligerante sino pacífica y de unidad cuya identidad sea expansiva e incluyente, cosmocéntrica y no egocéntrica; porque “ahí afuera” no existen otros cuyas vidas no deban ser honradas como la de uno mismo; no hay otros cuyos asuntos nos sean ajenos; todos vamos en el mismo barco; todos compartimos el mismo origen y la misma fuente de creación que nos hermana como especie humana. Nos une la misma inteligencia y mente superior que da vida a cada uno de nuestros pensamientos y acciones.

Si bien debemos honrar y reconocer la diversidad, es importante construir identidad en términos transculturales, una identidad de genuina espiritualidad —la que une a través de la fuerza vital que trasciende todo límite y demarcación, que está presente en todas las mentes, las vidas y las cosas, como lo señalan la filosofía perenne y la sabiduría de todas los tiempos. La ciencia de frontera y los planteamientos de los grandes pedagogos están sosteniendo este nuevo paradigma que unifica e integra; de ahí la importancia de una ciencia que incluya la conciencia del investigador y del ser humano en general; una ciencia cuya temática, por fortuna, se está expandiendo desde enfoques y disciplinas diferentes; una ciencia que demuestra que los niveles de conciencia sí determinan los comportamientos de las personas: alguien cuya conciencia es excluyente tenderá a conductas agresivas y violentas, mientras que alguien con una conciencia más elevada e incluyente se inclinará con todo su ser a la cooperación y el respeto, a la compasión y la concordia.

La paz como expresión de la naturaleza humana

Creo sinceramente que todos los seres humanos somos de la misma naturaleza, tanto a nivel mental como emocional. Todos nosotros tenemos el potencial para ser personas felices y buenas y también lo tenemos para ser malas y perjudiciales. Creo que el potencial para todas estas facetas está presente en nosotros. Lo importante es tratar de fomentar, en cada uno de nosotros, los aspectos positivos y útiles y tratar de reducir los negativos. [...] Mi principal interés es fomentar la comprensión del valor más profundo del ser humano. El valor humano más profundo es la compasión, un sentimiento afectuoso y comprometido...

Dalai Lama

La complejidad del ser humano estriba en su naturaleza multidimensional, en sus aspectos tanto objetivos como subjetivos; posee masa corporal pero también mente, emociones, cultura y espíritu; asimismo tiene sentido de lo ético y de lo bello, y posee la capacidad de emitir juicios, de discernir lo correcto de lo incorrecto. A diferencia de los animales, posee entendimiento y la capacidad de razonar; sin embargo, estas cualidades no son suficientes para actuar correctamente; por sí solas son simples herramientas cuyo uso puede orientarse hacia el bienestar común o al perjuicio tanto de uno mismo como de otros. Es en este sentido que la ciencia necesita integrarse a la conciencia; de esa manera trascendería el reduccionismo y recuperaría la naturaleza multidimensional del ser humano.

Si bien la naturaleza humana supone experiencias complejas donde los límites entre lo correcto y lo incorrecto se pierden, por cuanto no existen hombres totalmente buenos o totalmente malos, los seres humanos sí pueden acceder a un nivel de conciencia que orienta nuestros actos cotidianos a partir de un entendimiento de la vida, del mundo y de la relación con los demás. Una conciencia elevada supone una perspectiva más incluyente, pues el ser humano consciente se percata de que no existe solo, independiente y desconectado de los otros; por el contrario, es parte constitutiva de algo más grande e interconectado. En consonancia con esta percepción integral, sus actos consideran e incluyen no sólo a sus semejantes sino también a otras especies, a los ecosistemas, al planeta e, incluso, al cosmos entero, sobre todo cuando se ha alcanzado una conciencia cosmocéntrica.

Frente al reduccionismo de la ciencia está emergiendo una nueva visión que contempla las diferentes dimensiones de los distintos niveles de la totalidad, con fundamentos filosóficos que consideran la unidad y la interconexión. Esta visión en realidad no es del todo nueva; los filósofos griegos, como Sócrates y Platón, ya planteaban la necesidad de explorar las dimensiones interiores al señalar la importancia del autoconocimiento. Hoy se están haciendo planteamientos en el sentido de articular la ciencia occidental con la antigua sabiduría de Oriente, de modo que nuestro proceder se encamine hacia el bienestar común. Es preciso reconciliar ciencia y espiritualidad y hacernos conscientes de nuestra naturaleza divina; ello supone recuperar capacidades humanas que fueron relegadas por la visión mecanicista y fragmentada; porque el fracaso en crear comunidades de justicia y amor significa fundamentalmente la incapacidad de imaginar una vida donde florezcan el amor y la libertad, donde la integridad y el orden sean la norma.

Más allá de las dimensiones cognitivas, el ser humano comparte con todos los seres vivos y con todo una inteligencia esencial y de orden superior. Como sostiene Abraham Maslow (2001: 26-27), los seres humanos somos natural y esencialmente buenos, y es por demás importante no distorsionar o deformar nuestra naturaleza a fin de vivir de un modo feliz, provechoso y saludable.

Por eso para Maslow es importante investigar cómo es realmente el ser humano en su interior, como parte de la especie humana y en cuanto individuo particular; cuanto más conozcamos sus tendencias naturales más fácil será decirle cómo ser buena persona, amarse y respetarse a sí mismo y desplegar sus más altas potencialidades. La mejor forma de saber cómo actuar es conociendo qué y quiénes somos, pues las decisiones éticas atraviesan por lo que se es, por la propia naturaleza, y si la conocemos es más fácil actuar correctamente.

Maslow (2001) sostiene que el autoconocimiento debe ser el instrumento más importante, aunque no el único; tal planteamiento supone el conocimiento de los demás y del mundo. En este proceso cumplen un papel importante no sólo los terapeutas sino también la educación y la familia. Independientemente del camino que cada uno elija, es crucial comprender que la paz supone no sólo la autorrealización sino también y fundamentalmente una nueva forma de relacionarnos con los demás.

Cuando comprendamos quiénes somos, las guerras desaparecerán, pues éstas no son necesarias para una conciencia expandida e incluyente donde el “otro” desaparece. Así pues, el problema no es averiguar cómo detener las guerras sino comprender su causa y desde ahí erradicarlas —a la luz de la conciencia de nuestra unidad con todas las demás formas de vida. En esa forma el ejercicio de la cooperación, el respeto y la cordialidad se tornan acciones naturales e inevitables. El desafío de quienes buscan reconstruir una cultura orientada hacia la paz, es trabajar en la generación de perspectivas del conocimiento que contribuyan a erradicar la ignorancia y la pobreza espiritual que padece la humanidad. De ahí la necesidad de articular la ciencia con la conciencia del investigador, pues éste no puede despojarse de su propio mundo interior.

A medida que el ser humano se hace más consciente de su inevitable relación con el mundo —que es a la vez externo e interno—, más urgente es su necesidad de explorar una nueva dimensión de sí mismo —dimensión profunda y, por lo mismo, no condicionada por los parámetros socioculturales y libre tanto de las formas reactivas y alienantes del paradigma reduccionista que ha fragmentado y dividido al mundo como de la razón instrumental que todo lo explota y comercializa. Entonces el yo reactivo deja de tener fuerza y da lugar a otra subjetividad más rica que unifica en lugar de disociar.

¿Por qué es importante que el ser humano despliegue la totalidad de sus dimensiones? Porque eso implica el desarrollo de una conciencia integral, a partir de una percepción integradora cuyos intereses trascienden el individualismo y enfatizan el bienestar común, pues la comprensión de todas las dimensiones conduce *de facto* al despliegue integral del ser humano; no de manera aislada y desconectada, sino como parte inherente de la totalidad. Esa conciencia se desarrolla a partir de la dimensión espiritual, cuya natu-

raleza es crucial en la vida del hombre y no es aventurado considerarla el corazón y el sustento de la naturaleza humana, así como de los valores más elevados, pues una de sus cualidades más relevantes es justamente su carácter transpersonal.

Hay personas que viven muy descontentas tanto de sí mismas como de la sociedad que les rodea; tal descontento no es fruto de problemas personales o de una incapacidad de adaptación al entorno, sino de la carencia de algo más fundamental y trascendente, cuyo sentido se encuentra justamente en la espiritualidad. Ella es la que nos permite actuar en función del bien común y no del mero interés personal; la que posibilita el despliegue de una conciencia transpersonal y cosmocéntrica. El desarrollo moral es necesario pero no suficiente, porque con él nos quedamos sólo a un nivel cognitivo o de teoría, mientras que la espiritualidad supone un elevado nivel de conciencia para actuar correctamente, de modo que el buen juicio sea congruente con las acciones y nos permita comprender lo siguiente:

Las personas son sistemas complejos con componentes intrapersonales como cogniciones y emociones. Estas personas interactúan formando grupos que a su vez interactúan entre ellos constituyendo las sociedades que al mismo tiempo interactúan como estados y naciones que a su vez pueden ser parte de civilizaciones y regiones que interactúan constituyendo, no mundos, sino un mundo que interactúa y constituye un sistema planetario (Calderón, 2009: 68).

Pese a que el arte, la estética y la ética han sido campos excluidos por cuanto son considerados irrelevantes e improductivos en sociedades cuyos propósitos prioritarios son la riqueza material y el estatus social, afortunadamente hay señales de que nuestra propia naturaleza está pasando por grandes cambios; está llegando a su fin aquella que destruye, divide y conquista a costa de otros o de otras especies. Aunque nos parezca extraño y paradójico, las crisis nos indican que algo trascendente sucede, que se están trastocando viejas estructuras de un paradigma ya insostenible; en estos derrumbes tienen mucho que ver los nuevos planteamientos que la ciencia hace, abriéndose a perspectivas metodológicas pluralistas que incluyen a los diferentes campos del conocimiento.

No se trata de atribuirle a la ciencia un carácter antiespiritual; lo cierto es que según como se la ponga en práctica puede favorecer u obstaculizar el crecimiento espiritual de los humanos. La ciencia con una metodología plural posibilitará el estudio de las diferentes dimensiones de lo humano; en los campos espiritual, ético y estético, puede hacer aportes importantes para la manifestación del Espíritu. Los avances científicos en lo relativo al cuerpo físico y a su desenvolvimiento en el mundo tangible, pueden contribuir a que el ser humano se conozca así mismo desde una perspectiva amplia y genuina; esto supone una percepción integral de los valores esenciales y universales.

Tal comprensión todavía no existe; los adelantos y propósitos de la ciencia tienden a ser destructivos y alienantes. Sin embargo, si seguimos avanzando hacia el nuevo paradigma científico, amplio e integral, habrá la esperanza de que en un futuro no muy lejano la ciencia y la conciencia caminen de la mano, diferenciándose pero articuladas y complementadas.

La dimensión espiritual como fundamento de la paz

La espiritualidad es una dimensión que ha sido expulsada por el reduccionismo científico, pues éste toma en cuenta sólo al mundo fenoménico; no puede ser estudiada ni explicada por este método, debido a su naturaleza sutil, porque en su connotación más sencilla espíritu significa aliento o sople. Fritjof Capra (2007) también considera el Espíritu como el aliento de la vida, y agrega que los momentos espirituales que vivimos son los más intensos, aquellos en los que somos más conscientes de lo que nos rodea pues nos brindan una experiencia de pertenencia a la totalidad.

La espiritualidad tiene un carácter eminentemente práctico; no es un conjunto de creencias dogmáticas o religiosas, sino independiente de éstas. Sólo en un sentido distorsionado y fanático se le asocia con Iglesia o con alguna otra religión institucionalizada que ha perdido su propósito original de *religar*. Como dice el Dalai Lama: “Ser creyente o no creyente, budista o no budista, no importa, es secundario. Lo importante es que, como seres humanos, vivamos una vida significativa y útil” (2003 [1998]: 142). Algunas veces la Iglesia sí contribuye al despertar de la espiritualidad; pero por lo general ha sido instrumento de colonización y dominación, y se ha convertido en dogma que distorsiona su propósito de unificar y hermanar; “no obstante, una religión con un enfoque místico genuino podría cambiar de verdad el mundo” (Laszlo, 2000: 61). También es preciso decir que aunque regularmente las palabras “iglesia” y “religión” son intercambiables, no son lo mismo; la primera está más ligada a creencias, y la segunda a una connotación integral y vivencial; su significado original es re-ligar, volver a unir, reconectar, aunque en un sentido más profundo que el habitual.

La espiritualidad también ha sido asociada equivocadamente con fenómenos paranormales; se piensa que quienes tienen ese tipo de experiencias son más espirituales. Sin embargo, esta dimensión no tiene como condición estos eventos; en algunos casos podrían incluso contraponerse; todo depende de la orientación o propósito que tenga el despliegue de tales potencialidades. El desarrollo humano es otro de los objetivos con los que la espiritualidad suele ser confundida; aunque como corriente de pensamiento se ha extendido ampliamente en las sociedades modernas, dista mucho de tocar a la dimensión

espiritual, por cuanto sólo procura el desarrollo de las capacidades humanas propias y no toma en cuenta a los semejantes y a las demás especies; al dejar fuera a otros, se descuida el asunto de las relaciones, por eso en algunos casos es una línea que se antepone a la espiritual. La preocupación fundamental de tal desarrollo estriba en su carácter personal, en que posibilita el despliegue de distintas potencialidades de índole física y psíquica, pero no espiritual; en ese sentido, tal desarrollo puede incluso tornarse patológico, pues se busca sólo el beneficio individual, aunque suponga un perjuicio para alguien más.

La espiritualidad tampoco es una cuestión de edad o de conocimiento; una edad avanzada no supone un mayor nivel de espiritualidad. En todo caso, la edad no es condición para experimentar la espiritualidad, porque si así fuera habría un desarrollo lineal y, en lugar de la penuria que padecemos, tendríamos riqueza espiritual. En cuanto al conocimiento, si bien es importante como dimensión cognitiva, pues permite capacidad de discernimiento, no supone espiritualidad; una cosa es el conocimiento a ese nivel y otra su puesta en práctica. Así que más conocimiento o mayor nivel académico tampoco es condición para desplegar espiritualidad.

En las diferentes épocas de la historia humana han existido diferentes grupos sociales de distintas razas, colores de piel y lenguas, con sus correspondientes costumbres, estilos de vida, culturas. Pero ninguna de estas cualidades determina su espiritualidad; ésta puede desplegarse independientemente de cualquiera de estas características superficiales. La espiritualidad tampoco depende del grado de memoria que se tenga o del pensamiento, y tampoco de la riqueza o pobreza material; no puede medirse por el nivel socioeconómico, por el estatus o por la clase social, ni está basada en la autoridad.

La espiritualidad es experiencia inmediata y directa con todo, la cual despliega y nutre lo mejor de nosotros; experiencia vivencial e interna, manifestación de la naturaleza esencial; por eso posibilita el desarrollo de la conciencia que permite encontrar a todo un sentido profundo y estético; posibilita la capacidad de ser feliz a pesar de las circunstancias, no por ellas. Espiritualidad es todo aquello que nos hace ser mejores personas, pero que al mismo tiempo nos permite apertura para reconocer la sombra y trascenderla. Como dice Stanislav Grof (2003), la verdadera espiritualidad tiene que ver con una profunda toma de conciencia de la unidad con todos y con todo, y por ello trasciende razas, culturas e iglesias.

Como asunto práctico, supone un estado de síntesis y de unidad con uno mismo, con los otros y con el todo; conlleva el arte de sublimar y reconciliar las energías primordiales, con el consecuente desapego de las formas defensivas y reactivas del yo. La espiritualidad es laica y, entendida en su mejor sentido, nos conduce a una mayor sensibilidad estética, a la capacidad de asombro, a tornar extraordinarios los hechos cotidianos de la vida, a una ma-

yor capacidad de amar, a la compasión, a reconocernos en los otros, en toda forma de vida, en el Todo. La espiritualidad es algo que uno tiene que vivir directamente como individuo, pero no es una experiencia de aislamiento, de disociación, sino de totalidad, de contacto y unión con la realidad última. Por eso la espiritualidad es fundamental para manifestar paz como reflejo de una conciencia de totalidad; el acceso a ésta posibilita los actos fluidos y naturales de hermandad, compasivos y amorosos, pues el otro desaparece en una conciencia sin fronteras y no hay entonces enemigos a quienes atacar. Como dice Krishnamurti: “La vida es un movimiento de relación. Comprender esa relación y terminar con el conflicto que hay en esa relación, es todo nuestro problema. Éste consiste en ver si el hombre puede vivir en paz, no sólo internamente sino también en lo externo” (1983: 66).

Bibliografía

- Ahuerma, Saidi (1992), *Del ser y su manifestación en el arte*, Orión, México.
- Calderón Concha, Percy (2009), “Teoría de conflictos de Johan Galtung”, en *Revista de Paz y Conflictos*, núm. 2, Universidad de Granada, Granada.
- Capra, Fritjof (1998), *El punto crucial*, Estaciones, Buenos Aires.
- ____ (2007), *El tao de la física*, Sirio, Barcelona.
- Dalai Lama (2003 [1998]), *Hacia la paz interior. Lecciones del Dalai Lama*, Apóstrofe, Virginia.
- ____ (2007), *El Universo en un solo átomo*, Random House Mondadori, México.
- Diesbach, Nicole (2001), *Frontera*, Yug, México.
- Galtung, Johan (2003), *Paz por medios pacíficos. Paz y conflicto, desarrollo y civilización*, Colección Red Garnika, Bilbao.
- Grof, Stanislav (2003), *La evolución de la conciencia*, Kairós, Barcelona.
- Huxley, Aldous (2000), *La filosofía perenne*, Edhasa, Barcelona.
- Jiménez Rodríguez, Manuel José (2012), *Breve estudio sobre ideas de Paz*, Observatorio para la paz, Bogotá.
- Krishnamurti, Jiddu (1983), *Usted es el mundo*, Edhasa, Barcelona.
- ____ (1996), *Sobre las relaciones*, Edaf, Madrid.
- Laszlo, Ervin, et al. (2000), *La revolución de la conciencia*, Kairós, Barcelona.
- Lindley, David (2008), *Incertidumbre*, Ariel, Madrid.
- Martínez, José Manuel (2008), *Buscando la paz interior*, Lulu Enterprises, Carolina del Norte.
- Maslow, Abraham (2001), *El hombre autorrealizado*, Kairós, Barcelona.

Morales, Bertrad Covanga (2008), *Explorando conceptos: seguridad humana y construcción de paz*, Fundación para las Relaciones Internacionales y el Dialogo Exterior, Madrid.

Nhat Hanh, Thich (1999), *El Sol, Mi Corazón*, Drama, España.

_____ (2000), *La paz está en cada paso*, Cuatro Vientos, Santiago de Chile.

_____ (2003), *Cómo lograr el milagro de vivir despierto*, Jaguar, Madrid.

Russell, Peter, Ervin Laszlo, y Stanislav Grof (2000), *La revolución de la conciencia*, Kairós, Barcelona.

Talbot, Michael (2007), *El universo holográfico*, Palmyra, Madrid.

Tolle, Eckhart (2005), *Una nueva Tierra. Un despertar al propósito de su vida*, Grijalbo, Barcelona.

Wilber, Ken (1998), *El ojo del espíritu*, Kairós, Barcelona.

_____ (2003), *Los tres ojos del conocimiento*, Kairós, Barcelona.

Violencia, memoria y rebeliones. Hacia una cultura de paz, de Gil Arturo Ferrer Vicario, Claudia E. G. Rangel Lozano, Evangelina Sánchez Serrano, Camilo Valqui Cachi, Iliana Olmedo Muñoz, Judith Solís Téllez, Silvia Guadalupe Alarcón Sánchez, Juventina Salgado Román, Ma. de los Ángeles Silvina Manzano Añorve, Tomás Bustamante Álvarez y Daniel Gatica Polco, se terminó de imprimir en agosto de 2018. Se tiraron 1 000 ejemplares. El cuidado de la edición estuvo a cargo de David Moreno Soto y Maribel Rodríguez. Formación de originales: Caricia Izaguirre Aldana.

